

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año V.-T.º V.-N.º 133

Administración: Cristóbal Bordín, 1, Madrid

1.º de Abril de 1904

La enseñanza en España ⁽¹⁾

DICE URALES:

«Queridos amigos:

Discutimos la enseñanza y cuanto con ella tiene alguna relación, y como en el mundo todo enseña, aquí hablamos de todo lo que existe en el mundo.

Y es natural; es natural porque antes que profesores y que discípulos somos carlistas, liberales, demócratas, republicanos, socialistas ó anarquistas, y aplicamos á la enseñanza el criterio que tenemos formado de los hombres, de la sociedad, de la Iglesia y del Estado.

Que se nos impida hablar de nuestra idea general y no sabremos qué decir de la enseñanza, porque el concepto que de ella tenemos formado, no es directo, es reflejo de otros conceptos.

No hablo en estos términos para tener ocasión de exponer, una vez más, mis doctrinas anarquistas, sino para justificar el que, estando discutiendo el Ateneo el tema *La enseñanza en España*, sea la enseñanza un episodio en nuestras discusiones.

Y es que mientras la enseñanza esté monopolizada por el Estado ó por la Iglesia, será una enseñanza de agresión al enemigo. Si el gobierno es masón y burgués, como, por ejemplo, el que actualmente manda en Francia, tendremos enseñanza anticlerical. Si el gobierno es burgués y jesuítico, como el que en la hora presente ordena en España, la enseñanza será antiliberal. El poder nunca representa un principio ético de justicia; no representa más que el dominio de una clase por otra y á menudo el de un partido por otro partido. De esta suerte sea cual fuere la tendencia religiosa ó laica del Estado, la enseñanza que emana de ese Estado será sectaria, parcial, de intereses particulares: de los que represente el Estado teocrático ó el Estado demócrata, esto es, el predominio de un principio por otro principio, de un partido por otro partido.

Y ya puestos frente por frente estos dos partidos ó clases, como cada uno de ellos se cree en posesión de la verdad, la enseñanza que ambas den ha de reducirse á la defensa de su verdad, de su dogma, llámese Estado ó llámese Iglesia.

Mas yo ruego á mis oyentes, que por un esfuerzo de su voluntad se abstraigan de las ideas políticas ó religiosas que llevan en el cerebro. Seamos sólo hombres un momento. Han desaparecido de nuestra mentalidad todas las concepciones políticas, sociales y religiosas; no somos carlistas, no somos demócratas, republicanos, socialistas, ni anarquistas. Dios, Estado, Iglesia, partido, secta, principio todo acabó, mejor dicho, nunca existieron.

(1) Informe á la Memoria del Sr. Gay «La enseñanza en España», que se discute actualmente en el Ateneo de Madrid, leído en la sesión del día 3 del mes pasado por nuestra compañera Soledad Gumavo y escrito por Federico Urales.

¿Qué queda en nosotros? La vida: la vida común á todos los hombres, superior y anterior á todo principio político, social y religioso.

¿Qué debe ser, pues, la enseñanza, no ya en España, en todo el mundo? Un auxiliar de la vida completamente ajeno á las ideas inferiores y secundarias de Dios, Iglesia, Estado, etc., que los explotadores del hombre sembraron en la infancia de la humanidad para mantenerla esclavizada y dividida en bandos y partidos que luchan entre sí de manera encarnizada.

La enseñanza será sectaria, la enseñanza será falsa, la enseñanza será agresiva, la enseñanza será de partido, de clase, de intereses particulares, mientras la existencia del hombre, por las condiciones sociales en que vive, sea una lucha constante contra sus semejantes. La división de clases hace indispensable una enseñanza que haga del individuo un servidor del Estado contra la Iglesia ó de la Iglesia contra el Estado: del cura contra el amo ó del amo contra el cura, sumergiéndonos en la noche inmoral de la matanza, el odio y la destrucción; y mientras todo ello ocurra, nuestra personalidad, la gran personalidad humana, quedará anulada y deprimida por el parásito sacerdote, que instituyó la ley de Dios, ó por el parásito político, que ha instituído la ley de los hombres, ambos en beneficio propio.

Si la educación no es por y para la vida integral, pasional, amoral, sin otro objetivo que el goce de vivir y de amar cada vez con mayores grandezas y cada vez con mayor intensidad, prescindiendo por completo de la Iglesia y del Estado, la educación ha de ser un instrumento de muerte que esgrimirán unos partidos contra otros, unas religiones contra otras, y será, además, una dificultad para que el hombre viva sincero, franco, leal, libre y ha de ser feliz.

Acabamos de ver los desastrosos efectos que en nuestro interior causa la educación de clase, de agresión á los hombres que no piensan y no viven como nosotros.

Todos defendemos aquí la libertad y la ciencia y, sin embargo, la libertad y la ciencia de cada bando está en pugna con la libertad y la ciencia del bando contrario. Ocurre lo que ocurriría en un Concilio de religiones. Todas defenderían á Dios, pero todas defenderían á un Dios diferente. ¿Por qué? Porque la idea de Dios es falsa, como son falsas las ciencias y las libertades que defendemos desde nuestro especial punto de vista, porque la libertad y la ciencia que defendemos son la ciencia y la libertad que conviene á una clase, á un partido, á una secta, y que una educación de interés particular nos dice que es la verdadera, como la educación que recibe el moro le da el convencimiento absoluto de que Mahoma es el único profeta.

Los que quieren el predominio de la Iglesia sobre todas las fuentes de la actividad humana, ante el peligro de una educación obligatoria y laica, dicen que los padres, nó el Estado, son los que deben tener jurisdicción en lo que los hijos han de aprender; pero cuando esos hijos entran en un convento con la oposición de los autores de sus días, los padres no pueden vencer los fueros de la religión encerrados en un cómodo y falso caso de conciencia, que casi siempre es un caso de *herencia*.

Aquí se ha dicho también, en defensa de un principio particular, que la enseñanza religiosa es eminentemente científica. ¿Cómo no ha de creerse que la enseñanza religiosa es eminentemente científica, si anterior á esa afirmación hay una enseñanza que presenta la teología como ciencia y que dice qué, científicamente, no puede admitirse la teoría naturalista de la evolución de las especies?

¿La Iglesia siempre ha sido amiga de la ciencia, dicen los que no admiten otra ciencia

que la explicada por la Iglesia! Y al hacer afirmación tan engañosa, se olvidan de que el sistema de Copérnico fué atrocemente combatido por los sabios de la Iglesia; de que Galileo fué sentenciado á reclusión perpetua por defender el movimiento de la tierra; de que Campanella fué aplicado al tormento por afirmar la multiplicidad de mundos; de que Prineo sufrió un afrentoso castigo por haber afirmado la estabilidad de las estrellas, y que aun en nuestros días cuando la Iglesia acepta principios científicos, es para falsearlos como se falsea la teoría de la evolución del mundo con aquello de que los seis días de la Creación de que hablaban libros que un tiempo fueron sagrados, son seis épocas, olvidando que con esta concesión que se hace á la ciencia, sufre grave daño la omnipotencia divina, para la cual lo mismo debíá ser la eternidad que el milésimo de segundo.

Estas y otras contradicciones que observamos en nuestros actos, en nuestras palabras y en nuestras ideas, no son más que la consecuencia de haber sido educados para ser esclavos de Dios ó para serlo del Estado. Defensores de la familia, la destruyen ante el convento; defensores del amor paternal, lo anulan por completo ante el amor que debe sentirse por un ser imaginario. La enseñanza religiosa no es científica, no es moral; no tiene más merito que el de ser la educación que conviene á una parte de los que viven de explotar al pueblo.

* . .

¡La libertad de la Iglesia, la libertad del Estado! Falsedad todo, todo falsedad!

En la Iglesia halla la defensa de sus intereses parte de la sociedad improductora, y en el Estado halla lo mismo el resto de la sociedad que nada produce. Son dos poderes, el sacerdotal y el burgués, el teócrata y el demócrata, que se disputan el dominio de los esclavos, los productores, los servidores.

Son los parásitos del mundo que pretenden dominar por la fe ó la hoguera, por la ley ó la guardia civil. Como estan seguros de que lo que defienden es la perpetuidad de la injusticia sobre la tierra, procuran, ante todo, tener la fuerza de su lado para imponer su injusticia; y fuerza, sólo fuerza organizada son el Estado y la Iglesia.

Por eso, gobiernos y religiones niegan toda libertad al individuo, y por eso gobiernos y religiones defienden ó dan a los pueblos una ficción de libertad cuando conviene a las oscilaciones que su poderío sufre en la historia. Ni puede acontecer otra cosa, ni otra cosa más que esclavitud cabe esperar de las colectividades y las clases que necesitan vivir y viven de la sumisión y de la esclavitud de las demás, porque en la esclavitud de las demás se fundaron, y de la esclavitud y la ignorancia continúan sirviéndose.

Antes de la Revolución francesa, el poder feudal sintetizaba dos clases de esclavitud: la del cuerpo y la del alma. El cura y el señor compartían la explotación de las dos partes en que los espiritualistas han dividido al hombre. Pero después nació una clase, la burguesa, que se propuso, ¡hagámosle justicia! libertar al mundo; mas estos propósitos se ven siempre frustrados cuando para lograrlos recurrimos á la ley, porque al momento surge el privilegio, y con el privilegio la injusticia, y con la injusticia la fuerza, y con la fuerza la explotación de una clase por otra. El Estado, representante del antiguo señor, continúa siendo dueño de nuestro cuerpo, y la Iglesia, representante del antiguo cura, es como entonces, ó pretende ser como entonces, dueña de nuestros pensamientos. Mas ambos son enemigos, en partes iguales ó en partes muy poco diferentes, de las libertades del pueblo, mejor dicho, de la emancipación del asalariado, sucesor del siervo, y de la vida libre, fuerte, pasional, alegre del individuo, sin distinción ninguna ó con la sola distinción física y mental que establezca la naturaleza, y que de ningún modo puede ser causa de categorías en la sociedad ni de derechos en la vida.

¿Qué gana el individuo—y me refiero más al individuo que al pueblo, porque sin la dignificación individual de todos y de cada uno de los que componemos el pueblo, no existe más que un rebaño explotable y explotado por cualquier charlatán—, qué gana el individuo con que su señor se llame Iglesia ó se llame Estado, cura ó jefe, sacerdote ó político?

Nada absolutamente. Estado é Iglesia usan de iguales leyes coercitivas y prohibitivas para imponerse, y detrás de la Iglesia, como detrás del Estado, vive una clase parásita. Si á cada momento nos sale la Iglesia poniendo la palabra pecado en el camino de la vida, á cada instante nos sale también el Estado poniendo un cartel á nuestro paso, que dice: «delito». El pecado y el delito, que hallan su sanción penal en el infierno ó en el presidio, no son más que dos espantajos que los poderosos y dueños del mundo ponen en su viña para ahuyentar á los desheredados del patrimonio universal. Así, pues, la pena que el legislador al servicio de la clase dominante ha puesto en las leyes, y el pecado establecido en los mandamientos de la Iglesia, son un solo recurso de dominación, recurso hábil y fructífero por cierto, pero que ya empieza á gastarse y que nosotros, los anarquistas, los libertadores del hombre, destruiremos para sacar al paria de la servidumbre económica, política y religiosa en que está sometido.

Esclavos de Dios, esclavos del rey, esclavos de la Iglesia, esclavos del Estado, esclavos de la teocracia, esclavos de la democracia, siempre resulta una clase dominadora, directora y otra clase dominada, dirigida; y cuando para mantener al pobre en la ignorancia y en la miseria no basta el temor á los castigos del otro mundo, se acude á los de éste, de los que son ejecutores los verdugos, los jueces, los alcaldes, los policías, altos y bajos á sueldo de la clase que posee la riqueza que hay sobre la tierra.

A la postre la injusticia constituye estado en la mentalidad humana y en las costumbres sociales, formando, por el ejercicio de la función social vasallaje, el órgano de la esclavitud. De ahí que una parte de los que me escuchan considere imposible la existencia de la sociedad sin la dirección y el mando de la Iglesia, y la otra parte considere lo mismo sin la dirección y el mando del Estado. Total: que se estima imposible el orden y la libertad sin gobierno. La esclavitud y la sumisión al jefe han constituido estado natural en la mentalidad de la mayoría de los que me escuchan. Mas ese estado, que parece natural porque el ejercicio del vasallaje ha constituido el órgano de la servidumbre, desaparece poco á poco, y la misma lucha que actualmente sostienen la Iglesia y el Estado, la sociedad civil y la religiosa contribuye poderosamente al ejercicio de la libertad, de esa libertad que los anarquistas queremos para todo el mundo en cualquier momento y ocasión, porque en ningún tiempo la libertad puede ser causa del daño que han causado la Iglesia y el Estado: la Iglesia con sus guerras religiosas y sus crueles y sanguinarias persecuciones, el Estado con sus guerras políticas y económicas y con sus crueles y sanguinarias represiones.

Claro está que si actualmente se otorga á las comunidades religiosas la libertad de enseñar, con los capitales de que disponen construirán edificios modelos con buen material de enseñanza, y claro está también, que la burguesía, y aun la burguesía liberal, enviará sus hijos á los colegios, regentados por religiosos. Pero ello no es razón para que nos opongamos al ejercicio de la libertad. La riqueza nunca ha sido elemento de triunfo; no ha sido más que elemento de tiranía. Más pobres que nosotros eran los primeros cristianos, y el cristianismo triunfó á pesar de su pobreza. Más ricos que las comunidades religiosas eran los señores de las antiguas Grecia y Roma, dueños de millones de esclavos y de casi todo el mundo civilizado, y, sin embargo, fueron vencidos.

¿Por qué? ¡Ah!, porque más que la riqueza y más que la enseñanza religiosa puede la evolución humana, la justicia (del ideal), la acción de la sociedad.

Lo hemos oído. Muchos de los que aquí han combatido la enseñanza religiosa fueron educados por religiosos.

¿Qué puede, pues, la esclavitud mental que las congregaciones religiosas ejercen con su enseñanza, contra la corriente antirreligiosa, no anticlerical, antirreligiosa de los espíritus modernos?

Nada. Pues no manchemos la libertad con un oportunismo que más denota cobardía que justicia.

Si la razón está de nuestra parte, venceremos á pesar de todo; si no lo está, no venceremos por mucha que sea nuestra fuerza y nuestra fortuna.

Que cada cual tenga confianza en sí mismo, en su cerebro, en su ideal, en su brazo y á luchar cara á cara y con hechos, no con palabras, contra el enemigo.

Mientras pidamos el Paraíso á la Iglesia y el bienestar al Estado, los que monopolizan y representan la Iglesia y el Estado, establecerán para ellos, sólo para ellos aquí, en la tierra, el Paraíso y el bienestar á costa nuestra.

A ese fin es preciso encarrilar la enseñanza de hacer hombres libres, hombres vitales, fieramente independientes y superiormente buenos; y como una enseñanza de tal naturaleza es la negación del Estado y de la Iglesia, claro está que no hemos de pedírsela á los políticos ni á los curas, sino á la acción individual de las mentalidades revolucionarias, á la acción social de las colectividades verdaderamente progresivas y á nuestro propio esfuerzo, educándonos y educando en la calle, en el campo, en los Museos, en todas partes con nuestra vida, es decir, viviendo, pero viviendo vida superior y haciendo partícipes de nuestra vida superior á cuantos nos rodean.»

HA DICHO URALES

CONTRA LA CENSURA

En la República francesa se proclaman, como fundamentales, los principios de *libertad, igualdad y fraternidad*. De observar, aunque superficialmente, la vida social del país, se percata uno de que esas palabras no se encarnan en ellas. Teórica es aquí la libertad, no práctica; el individuo se halla sujeto á mil trabas del Estado, cuya autoridad es omnímoda. Apenas tiene uno la facultad de moverse libremente; de lo contrario se expone á asechanzas policíacas. Quanto á igualdad, nos parece esta voz muy irónica en la vida francesa, donde se tienen en consideración muchísima las castas de nombre y de dinero, menospreciándose profundamente al desheredado, como si fuera un cero á la izquierda. Y eso que su sudor sustenta la bienandanza mesocrática, que se da humos de social superioridad y aires de humana divinidad. No hay que decir si se pagan aquí del boato externo. La hermosa apariencia encubre la repugnante conciencia.

¿Puede creerse en la fraternidad social de un país en que la lucha por la vida es desastrosa, por manera que, si se quiere medrar, hay que obrar como un bandido?

Es singular también lo que ocurre con el pensamiento, que se ha declarado libre: se halla, en cambio, esclavizado, no sólo por las convenciones sociales, sino por la gubernamental censura. ¿Cómo se concibe semejante institución anacrónica en un país moderno? Se permite que se diga lo que quiera en los libros, pues éstos van más á manos de particulares que á la masa proletaria. Pero en el teatro se pone el veto á lo que, de manera

contundente, infringe el despotismo social, porque podrían contribuir directamente á emancipar las conciencias y á sublevar al pueblo. Así que la libertad no pasa de ensueño libresco, atentando la censura contra ella siempre que la acomoda.

Así ocurre actualmente con la burlona pieza que Malato ha escrito para el teatro con el rótulo de *Fin de cielo*. La censura ha prohibido su estreno en un teatro de París, les Bouffes-du-Nord, donde había sido recibida la obra. Malato, con su gracejo disolvente, que pone de manifiesto una de las naturalezas artísticas más originales, tomó un asunto celestial para su chusca opereta, y esto se antojó escabroso á la censura. Malato hace aparecer, como personajes, á Dios Padre, Jesús, la Virgen, con el vientre hinchado, y al cornudo José, al Espíritu Santo con patas de palomo, á los santos piojosos... La revolución, con un anarquista, penetra en el cielo, é infernal es el desbarajuste que se produce.

Se predica la irreligión y se cantan las últimas coplas de café-concierto. Los Mártires besan á las Viudas; los Confesores desasnán á las Virgenes; viene San Luis Gonzaga el Casto; danzan los querubines, y el Padre Eterno, sintiendo náuseas de la celeste vida, abdicó á favor de Tolstoï, que es el último mortal que se ha dignado creer en él, como dice Malato.

Es de deplorar la prohibición dictada por la censura, porque nos impide pasar á algunos buenos ratos de risa revolucionaria; y en verdad que nada existe más demoleedor de añejas paparruchas que la irrespetuosa carcajada. Malato ha puesto de prefecto de policía en su obra á San Miguel Arcángel. ¡Guay de Lepine!

Malato ha escrito al revés, es decir, con otro espíritu los *misterios medicinales* en que se hacían aparecer personajes celestes, y la censura ha encontrado que «se ultrajaba á la Virgen» y que se ridiculizaba la religión. En cambio no se muestra pudorosa en autorizar las obscenidades de café-concierto y los adulterios de salón, favoreciendo, por contra, los diatribas contra los personajes revolucionarios. No hay que combatir la idolatría cristiana.

Malato ha protestado del acuerdo de la censura en dos cartas graciosas y contundentes, á las que ha hecho eco Tailhade en un brillante artículo de *L'Action* y Gerault Richard en la *Petite Répugnante*, digo *République*. Hay que abolir el anacronismo de la censura, que tan impropio es de nuestros tiempos y, sobre todo, de un país que, como Francia, se las da de avanzado. El escritor ha de tener los derechos imprescriptibles de su pensamiento para gozar de la autonomía de su yo.

A. Biéfiés.

La decadencia anarquista.

No hace mucho salió un redactor ó colaborador de *Le Libéraire* con un escrito con el título que acaba de leerse, haciendo con esas tres palabras una afirmación que parecía como una sentencia de muerte de un ideal, y pidiendo datos para una información en que los idealistas declarados cesantes confirmaran la sentencia y apoyaran y aprobaran el pensamiento del autor.

Decía éste, después de una larga y discutible (me ha parecido hallar alguna inexactitud, aparte de opiniones inaceptables) exposición de consideraciones y de hechos:

«La exposición imparcial que dejamos hecha de las teorías y de los hechos del anarquismo durante esos treinta años de existencia, nos permiten sacar en conclusión que el anarquismo constituita en el gran movimiento socialista una secta, es decir, una asocia-

ción de individuos que tienen un fin común y un programa de acción bien definido.»

Esa secta ó esa asociación con tales acción y fin la ve luego el autor subdividida en otras sectas, y considerando mortal esa subdivisión y dudando que puedan reunirse nuevamente, se pregunta: *¿Será el anarquismo el producto de esos movimientos eternos, salidos de las contingencias, manifestados por las filosofías más antiguas y que se encuentran en la decadencia de todas las sociedades?*

Esa duda me inspiró desdén y el escrito en cuestión me dejó indiferente. No sintiéndome directamente aludido en la excitación dirigida á que se le contestara, ni creyendo que por ese camino se adelantaba ni se retrocedía, sino que únicamente se perdía el tiempo, no di contestación alguna, aunque algunos amigos me pidieron que lo hiciera.

Contenta aquel escrito una afirmación que es como su base fundamental, ésta: *La verdad de hoy será el error de mañana.* Así, sin atenuación: no dice «lo tenido por verdadero», sino «la verdad» á secas, y esto es sencillamente un absurdo, porque desde que el hombre declaró lo que eran verdades eternas, que *dos y dos son cuatro*, que *el todo es mayor que la parte*, y que *el hombre es ingobernable*, así quedó sentado en la inteligencia humana para siempre; podrá haber quien por diferentes causas lo niegue, lo atenué ó lo mire con indiferencia, pero lo cierto es que desde el instante que una verdad entra en el tesoro de los conocimientos adquiridos, allí queda, y desde allí activa el descubrimiento de otras verdades que impulsan, á más de la inteligencia, la voluntad de los hombres, y eso es la evolución progresiva de la humanidad.

De que el anarquismo, que para el autor es la turba más ó menos solidaria y consciente de los anarquistas ó de los que se lo llaman, haya pasado por tales ó cuales transformaciones que si interesan á la historia nada tienen que ver con la esencia de la verdad anarquista, no puede deducirse que la anarquía deje de ser la verdad que niega todos los errores autoritarios y afirma la libertad del hombre en el seno de la solidaridad social.

Que esa verdad sea reconocida por un individuo ó por un millón de ellos, ó que de ese millón claudiquen tantos ó cuantos ó se desvíen por móviles indeclarables ó caigan en ridículo escepticismo... ¿qué? La verdad brilla con luz inextinguible, las leyes de la evolución se cumplen. ¡Peor para aquellos á quienes la verdad deslumbra y empaña su inteligencia la nube de la duda!

Me ha decidido á escribir esto el hallazgo del artículo siguiente que publiqué en *El Productor* en 19 de Enero de 1893, en el que, si no se responden directamente las preguntas por el autor aludido, tal vez se desvanezca lo que las sirve de fundamento, y casi pudiera decir que adelanté diez años la respuesta a la pregunta.

Dice así:

DEL PERFECTO ANARQUISTA

Sin ánimo y aun en la imposibilidad de agotar el tema, y por lo que pueda contribuir á la perfección de nuestros compañeros en bien de la aspiración que perseguimos, exponemos estas consideraciones.

Lo hemos dicho repetidas véces: es preciso que cada anarquista posea una inteligencia clara y una voluntad enérgica, y sólo á esta condición se obtendrán frutos notabilísimos en todos terrenos y especialmente en el de la propaganda; lo contrario es continuar, bajo el calificativo de anarquista, los vicios y la rutina autoritarios.

Si para los partidos políticos la entidad bien organizada y dirigida es el ideal supremo, para nosotros los anarquistas lo que tiene valor preferente es la unidad, ya que la organización ha de sernos secundaria, y la dirección, cosa incompatible con nuestros principios.

Se ha hablado tanto del poder y de la eficacia de la asociación, conservando en ella la plantilla que ha venido sirviendo de base á todas las agrupaciones humanas, que donde no hay un jefe inteligente y activo, seguido de una masa inconsciente y pasiva, parece que no puede haber fuerza capaz de sacar adelante un ideal, y contra esta preocupación se hace preciso machacar fuerte y constantemente, hasta conseguir que el individuo dé de sí todo lo que de él es humanamente exigible.

Reconocemos el valor de la asociación, pero sólo en el caso de que todos los individuos que la forman para un fin determinado tengan dentro de ella todo su valor intrínseco. ¿Qué son, por ejemplo, mil hombres agrupados, faltos de iniciativa, con una noción borrosa de su objetivo, que obedecen las órdenes de un presidente ó de una junta directiva? Fácil es la respuesta: si no son en su mayoría una agrupación de indolentes que cotizan y no trabajan, serán á lo sumo instrumentos que reflejan la voluntad y la inteligencia de su director; en el primer caso son miembros negativos, en el segundo pasivos, nunca hombres en la formal acepción de la palabra.

Conviene recordar, y ofrecemos el recuerdo á la consideración de nuestros compañeros, que por mucho bueno que haya producido la asociación en el sentido de los ideales progresivos, mucho más han producido los genios individuales, puesto que la asociación misma ha sido reconocida como buena y practicada por la predicación previa de una inteligencia poderosa. Si tendemos una ojeada histórica á cualquiera de los ramos de la actividad humana, siempre hallamos como iniciador un individuo, sin el cual no hubiera sido dado el impulso, y por más que se pretenda atenuar el hecho diciendo que tal ó cual progreso ó descubrimiento también se hubiera realizado después, lo cierto es que, sin el factor de la casualidad, hubiera sido preciso otro hombre posterior, nunca esas masas rutinarias y vulgares que primero se burlan y califican de loco al hombre extraordinario, después se apasionan como enjambre de sectarios, y por último disfrutan inconscientemente del progreso realizado como si siempre hubiese existido, ó celebran con festejos y algazarras un centenario, tardía reparación de la ingratitud cometida por las generaciones pasadas.

Tengase presente que para que la aurora del Renacimiento iluminase al mundo, fué preciso que los insignes filósofos y artistas de la antigüedad hubieran fijado con indestructible consistencia las bases de la ciencia y del arte, proclamándolas muchos siglos más tarde la poderosa inteligencia de Newton y Descartes y los no menos gloriosos genios de Rafael y Miguel Angel. Sin Copérnico ni Galileo ó otros observadores tan eminentes como ellos, acaso la astronomía se hallaría aún tan baja y raquítica como se encuentra en el Génesis. Si Colón no hubiera concebido la idea de llegar á la India tomando el rumbo de Occidente, quién sabe hasta cuándo hubiese sido ignorada la existencia de América. La física y la química carecerían aún de su admirable importancia si unos cuantos individuos aislados en el fondo de oscuros é ignorados laboratorios no hubieran perseguido con febril constancia el descubrimiento de la piedra filosofal. ¿Qué más! El mismo movimiento proletario de nuestros días no existiría aún quizá, y los trabajadores seguirían sin esperanza bajo la esclavitud del jornal, si Carlos Marx no hubiera concebido la creación de La Internacional, y si Bakounine no hubiera lanzado al mundo la aspiración anarquista, la declaración de guerra al Estado y su concepción del colectivismo.

Bien sabemos que no á todos es dado elevarse á las alturas del genio, pero nadie nos negará que la preocupación, la rutina y la pereza, además de la tiranía del privilegio, sostienen ese bajo nivel en que viven las muchedumbres, y si es cierto que los individuos

pueden por el solo efecto de su voluntad llegar al completo desarrollo de sus facultades y con ello á la suma del poder propio de su ser, los anarquistas, que no pueden oponer excusa de ningún género, porque sus principios y aspiraciones así lo exigen, deben mostrarse con su inteligencia bien provista de conocimientos, con su voluntad franca y decidida y con su conciencia señalando el fiel entre lo que se cree y lo que se practica.

Ni aun los privilegios sociales puede invocar el anarquista como circunstancias atenuantes de su ignorancia y de su falta de energías, toda vez que se presenta frente á frente de la mal constituida sociedad como adversario y como quien posee la solución de todas las justificaciones sociales. y como esto no se obtiene por revelación extranatural, ni por la posesión de una ciencia infusa, sino por la experiencia, la observación y el estudio, claro está que ha de manifestarse por el único medio del positivo mérito personal.

Ahora bien; si todos los que hacen alarde de profesar las ideas anarquistas se encuentran en este caso y se asocian para dar á su acción la fuerza que proporciona la asociación, ésta será fecundísima y eficaz, lo contrario sería como si en una pila de monedas representando, por ejemplo, veinte duros, sólo el de encima fuera bueno y los restantes falsos, con lo cual sólo podría conseguirse dar un timo, dado que se tropezase con un burgués asaz cándido, nunca tener el valor efectivo de 100 pesetas.

Que nuestros compañeros se inspiren en estas consideraciones, las amplíen con su propio juicio, y de seguro se seguirán buenos resultados para el triunfo de nuestro ideal.

Anselmo Lorenzo.

CRÓNICA CIENTÍFICA

Fijación del nitrógeno atmosférico: abono de microbios.—El paragrano defensor de la Agricultura — Tejidos incombustibles.— Los rayos N: experimentos negativos.

Hace cinco años que el ilustre químico inglés William Crookes, en un discurso célebre pronunciado en el Congreso de la *British Association*, renovó los argumentos de Maltus, cubriéndolos con su prestigio científico, demostrando que si el estado de la ciencia permaneciese estacionario, las generaciones futuras habrían de pasar hambres terribles; para afirmarlo se fundaba en que la superficie de los terrenos utilizables para la producción de cereales puede aumentar hasta cierto límite, mientras que el número de los que hacen del trigo la base de su alimentación no tiene límites. El número de «los que comen pan», que era de 371 millones en 1871, excedía de 520 millones en 1898.

La producción de las tierras cultivadas declina porque las sustancias nutritivas requeridas por la planta, no se renuevan por completo después de cada cosecha. Para prevenir calamidad tan tremenda á nuestros descendientes, hay un solo remedio, cuya aplicación corresponde á la química: la fijación del azoe de la atmósfera. El azoe ó nitrógeno es indispensable á las plantas, y esta substancia es una de las que más abundan en la Naturaleza; cada metro cuadrado, soporta una columna de él en estado gaseoso que pesa más de siete toneladas. Positivamente forma las dos terceras partes de la atmósfera; mas para ser asimilado á las plantas, ha de fijarse antes en la tierra.

A este propósito, Crookes predijo que el problema de la fijación de! azoe atmosférico se resolvería pronto. Fundándose en descubrimientos anteriores, presagiaba el desarrollo de una industria destinada á asegurar la alimentación de la humanidad, á pesar del derroche de los abonos y aunque desaparezca el guano y se agoten los depósitos de sosa de Chile.

Los argumentos maltusianos del sabio inglés fueron entonces vigorosamente combatidos y aun creo refutados, pero su predicción está en vías de realización. Varios químicos y físicos trabajan activamente, y en los dos últimos años se han obtenido resultados satisfactorios con la electricidad, pudiéndose esperar prudentemente que la industria produzca nitratos mejores y más baratos que los chilenos.

Entretanto, acaba de abrirse nueva vía para la satisfacción de la indicada necesidad: sabíase, hace siglos, que las tierras de cultivo, agotadas y dejadas en erial durante cierto tiempo, recobran su fertilidad primitiva, y recientemente se ha descubierto que esa fertilidad se debe a la presencia en la tierra de ciertas bacterias que tienen la propiedad de fijar el ázoe del aire, haciéndole utilizable para la nutrición de las plantas.

Buscando el método práctico para el cultivo de esas bacterias, se ha hallado el medio de producir bacterias con la facultad de quintuplicar la facultad esencial de fijar el ázoe: después se han perfeccionado, no sólo los métodos de propagación, sino los de transporte de esas bacterias, y durante los últimos meses han circulado en Inglaterra bastantes cantidades de esos organismos para inocular sus semillas a título de experimento.

Las bacterias se desecan enteramente y se expiden por el correo en paquetitos de algodón, conteniendo cada uno 15 millones de organismos, cantidad suficiente para fertilizar un campo de 40 áreas. A su recepción se sumerge el algodón en agua para hacer que revivan, se les alimenta en seguida con ciertas sales y se multiplican luego extraordinariamente. Los resultados permiten esperar que esos microbios, fabricantes de abono, aumentarán de un modo permanente la fertilidad de la tierra.

No se entusiasman demasiado los propietarios por ese descubrimiento; si la actual forma de la propiedad fuera indestructible, no sería mala ganga para ellos; pero les acecha la expropiación revolucionaria, que tanto temen, y contra la cual serán impotentes todos sus actuales medios de defensa, y el descubrimiento será un beneficio para todos los humanos.



Conocido es el paraganizo con que los viticultores modernos protegen las viñas contra la acción destructora del granizo. Cuando se forma una nube amenazadora, se le tiran cañonazos, sistema de defensa de eficacia reconocida, que no puede generalizarse porque cada tiro exige 180 gramos de pólvora y resulta demasiado costoso.

El cañón paraganizo de acetileno, ideado por los hermanos Mabile, subsana el defecto, dando al descubrimiento condiciones económicas. Está basado sobre el principio químico de la deflagración de los gases combustibles al contacto de una llama, cuando estos gases se mezclan con el aire en cierta proporción; comprende el cañón y el aparato de acetileno.

El cañón se compone de una cámara de explosión, en cuya parte superior se halla un cono ó tromba de cuatro metros, proporciones regulares para obtener el mayor efecto útil. El artillero, colocado a distancia para evitar todo accidente, puede, gracias a la ingeniosa disposición del aparato, producir explosiones tan inmediatas como sea necesario para combatir útilmente las tempestades de granizo.

El precio de cada explosión cuesta tres céntimos, y los experimentos han demostrado que los cañones de acetileno, cuya potencia es superior a los de pólvora cargados con 180 gramos, son los únicos que pueden resolver en condiciones económicas el problema de la defensa de la Agricultura contra su terrible enemigo el granizo.



Se anuncia que el Dr. W. H. Perkins, de la Universidad de Manchester, ha descubierto un nuevo procedimiento para hacer incombustible la franela y los tejidos de algodón, de manera permanente, es decir, pudiendo lavarse y relavarse sin perder esa cualidad. Parece que no se trata de una substancia química que por su presencia impida la inflamación de los tejidos, sino más bien de una transformación de la misma naturaleza de la tela.

Asegúrase que esas telas *amiantadas*, como las llama el Dr. Perkins, son perfectamente higiénicas, y, sin temor de irritación, pueden ponerse en contacto con la piel.

Este descubrimiento es importante, porque, entre muchas ventajas de su aplicación, se halla la de evitar todo peligro a muchos niños que tienen irresistible tendencia á jugar con fuego.

* *

Swinton, electricista inglés muy conocido, ha declarado recientemente, en la revista científica *Nature*, que en compañía de sus amigos Stanton y Pierce ha repetido, con escrupuloso cuidado, todos los experimentos de los profesores Blondlot y Charpentier, relativos á los rayos N, sin llegar al menor resultado. Su conclusión, en tales condiciones, es que esos rayos tienen una existencia puramente sugestiva.

Esperemos, para formar juicio exacto, que nuevos y más concluyentes experimentos den la luz necesaria.

Carrida del Mármol.

El precursor del hombre.

Entre los animales, y en las primeras edades de la humanidad, la ventaja que permitía al mejor defenderse de los demás seres vivos y contra el cambio del medio, era necesariamente de un orden físico. Una vista penetrante, un olfato más sutil, unos músculos más vigorosos, una constitución más apta al frío ó al calor, más conforme para resistir la atmósfera de los pantanos ó más adecuada para tomar ciertos alimentos. Si el hombre actualmente se aclimata con facilidad, no debe olvidarse que lo debe en gran parte á los medios que pone en juego para ello. Antes, refiriéndonos á las aclimataciones bruscas, sucumbía ó modificaba su cuerpo. Pero desde que se constituyen las sociedades y la fuerza moral ejerce su legítima supremacía sobre la fuerza bruta, la ventaja cambia de terreno, es para los más hábiles, para los más industriosos, en una palabra, para los más inteligentes. La selección, desde entonces, se hace en provecho de un solo órgano. Los cerebros más grandes, los mejor provistos de circunvoluciones, los de estructura más delicada, los poseedores de elementos histológicos más apropiados fueran favorecidos. Los caracteres, á nuestra vista, permanentes en una raza dada, no lo son más que cuando se comparan con las razas que se suceden en el tiempo. La inmovilidad absoluta no existe en nada, y la firmeza de las especies no es sino relativa. ¿Quiere decir esto que no haya otros procedimientos que concurren á la transformación gradual?

Otra objeción es que al remontarse al pasado no se hallan razas humanas considerables distintas de las razas actuales, que no se descubren, por ejemplo, hombres de una capacidad craneana muchísimo menor que la de los hombres de hoy. ¿Pero conocemos acaso al hombre plioceno y al mioceno revelados por la sílex de Saint-Prest y de Thenay?

El primero obtuvo el fuego, el segundo no. ¿No será esto una razón para suponer que la pequeñez de su cerebro fué la causa de ello?

Sí no conocía el fuego, tampoco debía tener inteligencia para enterrar á sus muertos.

Los antropoides se hallan en este caso y no nos dejaron sus restos. Acaso también los huesos humanos no perduren por un tiempo tan desmesuradamente largo. Por lo demás, al ver el camino recorrido, y recordando los hallazgos desde hace quince años, no hay para desesperar. ¿No ha sido por el azar cruzando una vereda, abriendo una línea férrea, después de un desprendimiento ó de un temblor de tierra cuando se han hecho los descubrimientos de este género? Sin embargo, es preciso que un hombre inteligente se interese por la cuestión. El Africa, el Asia, la Oceanía, y aun una gran parte de Europa, están vírgenes de esta indagación. Es posible que el yacimiento del precursor no poseyendo el lenguaje anunciado por G. Martillet y Hovelacque esté actualmente sumergido, quizá no ha existido sino en un punto limitadísimo del globo. Y de un momento á otro podemos hallarnos en su presencia viéndole como un esqueleto que surge en las aguas del tiempo, como el de Grenelle aplastado bajo una roca, como el de Langerie-Hante, ó sumergido en la lava como el de Venecia.

La derivación del hombre de alguna forma viva anterior está admitida, y queda sólo preguntar de qué forma.

Lamarck imaginaba un chimpancé. Nosotros hemos visto que los tres grandes antropoides se parecen más ó menos al hombre, en ciertos caracteres, pero que ninguno los reúne todos.

El precursor del hombre no será, pues, sino un análogo á los antropoides. El tipo humano será, así, un perfeccionamiento del tipo general de su familia; pero no de una de sus especies conocidas en particular. Haeckel no se pronuncia en este sentido. Se pregunta si los dolicocefalos de Europa y Africa proceden del chimpancé y del gorila de las costas de Guinea; los dolicocefalos de Asia no descienden, sino por lo contrario, de los orangutanes braquicefalos de Borneo y Sumatra.

Muchas consideraciones hacen creer, en efecto, que los dolicocefalos son originarios todos de Europa y Africa, y los braquicefalos del Asia oriental, para no hablar sino del antiguo continente. Vogt piensa de otra manera. Para él el hombre no es sino un primo hermano del antropoide, hallándose más allá el antepasado común. Haeckel afirma en esta ocasión. Ese antepasado lejanísimo es un monó del antiguo continente, un piteco, que procede de un lemurio que a su vez deriva de un marsupial. Indica, además, con el nombre de Lemuria, tomado del inglés Sclater, y como hogar de esta serie de transformaciones al continente hoy sumergido del que Madagascar, la isla de Ceylán y las de la Sonda son sus restos.

¿Los tipos humanos más elementales á lo que se puede llegar, los tipos irreductibles, de cualquier modo, que han tenido el valor de géneros ó especies, en el sentido corriente que se da á estas palabras, han salido de muchos antepasados antropoides, pitecoides ú otros, ó se derivan de un solo tronco representado por uno solo de sus géneros actualmente conocidos ó no?

Las razas más caracterizadas, vivas ó extinguidas, no forman sino una serie ascendente única, comparable á una escala ó á un árbol; pero reducidas á su más simple expresión, una serie de líneas comúnmente paralelas.

Apoyándose paralelamente en la anatomía comparada, la paleontología y la embriología, el sabio profesor de zoología de la Universidad de Jena (Haeckel), ha imaginado la evolución siguiente:

En el comienzo del período terrestre llamado *laurenciano* por los geólogos, hubo un encuentro fortuito, en condiciones que quizá solo pudieran presentarse en esa época, entre algunos elementos de carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno, y formaron los primeros grumos albuminoideos. A sus expensas, y por vía de generación espontánea, surgieron las primeras células conocidas: las *móneras*. Estas células desde luego se segmentan, se multiplican, se proveen de órganos, y, por una serie de transformaciones que Haeckel hace llegar á nueve, dan origen á algunos vertebrados en el género *amphioxus lanceolatus*. Empieza á dibujarse la separación de los sexos; la medula espinal y la *chorda dorsalis* son visibles. En el décimo lugar de la transformación el cerebro y el cráneo aparecen como en las lampreas. En el undécimo, los miembros y los maxilares se ofrecen como en las lijas. La tierra, en este momento, no ha llegado sino al período siluriano. En el grado decimosexto la adaptación á la vida terrestre ha terminado. En el diez y siete, que corresponde á la fase jurásica de la historia del globo, la genealogía del hombre llega al kanguro, entre los marsupiales. En el diez y ocho aparece el lemurio y comienza la edad terciaria. En el diez y nueve aparece el catarrino, es decir, el mono con cola, un piteco. En el veinte el antropoide, durante casi todo el período mioceno. En el veintiuno surge el hombre mono sin lenguaje y sin cerebro correspondiente á esta función. En el veintidós, en fin, aparece el hombre tal como le conocemos, al menos en sus formas inferiores, terminando aquí la enumeración. ¡Haeckel olvida el grado veintitrés en el que se manifiestan los Lamarck y los Newton!

¶ Para llegar tan arriba el hombre, ha partido de bien abajo. Su origen se confundirá con el de los primeros y más sencillos corpúsculos orgánicos. Lo que es hoy actualmente en el seno material lo habrá sido de un modo permanente en sus comienzos en la serie animal.

Esta idea angustia y rebela á los que quieren rodear de una brillante aureola la cuna de la humanidad, y si merecemos nuestra gloria en nuestra genealogía más que en nuestras propias obras, podemos efectivamente creernos humillados. ¿Pero, qué vale esta derrota á nuestro amor propio en comparación con la que nos ha proporcionado la astronomía?

Cuando se colocaba á la tierra en el centro del mundo, y cuando se creía que el universo había sido creado para la tierra, y ésta para el hombre, nuestro orgullo queda satisfecho. Esta doctrina que los alemanes llaman *geocéntrica* con relación á la tierra, y *antropocéntrica* por lo que se refiere al hombre, estaba perfectamente coordinada, pero quedó deshecha el día en que se demostró que la tierra no es sino un humilde satélite del sol, que no es á su vez más que un punto luminoso del espacio. Aquel día, y no hoy, fué cuando el hombre fué llamado á tener un poco de modestia. No es para él para quien el sol sale cada mañana, ni para quien la bóveda celeste ilumina con sus luces innumerables todo ese *macrocosmo*. Como el aldeano que había soñado con ser emperador del mundo, se despierta en su pobre choza. No sin disgusto se ha visto achicar así; mucho tiempo el recuerdo de su sueño ha turbado su pensamiento, pero ha tenido por fuerza que resignarse á la realidad, y hoy se consuela de no ser el rey de la creación imaginando que es relativamente el rey de la tierra.

¶ Esta realeza incontestable le da derecho á ser fiero? Pero en qué está aminorada ó amenazada por la idea transformista? ¿Será menos real que la que tiene de sus antepasados? Lejos de despreciar el hombre y su origen la doctrina de Lamarck, le engrandece y ennoblesce substituyendo á las hipótesis sobrenaturales, la hipótesis de la mutualidad y de la evolución natural de las formas orgánicas.

¿Pero qué importan, después de todo, á la ciencia los enojos ó las satisfacciones de algunos individuos? Sus miradas pasan por encima de ellos. El hombre no es libre de poner ó no poner un freno á la actividad funcional de su cerebro: su espíritu de examen es el más noble, el más irresistible de sus atributos, y como ha dicho Gabriel Mortillet en el Congreso de 1876 de la Asociación para el progreso de las ciencias, su característica es esa y no la religiosidad. A falta de saber, la imaginación sueña con lo desconocido y lo hace á nuestra imagen. Pero á los verdaderos observadores les basta la realidad y contemplan el magnífico espectáculo que se ofrece ante sus ojos, y adoran á la naturaleza misma en su belleza, en su grandor, en armonía con sus mil variaciones de forma y movimiento. El animal tiene la noción simple de causa ó efecto y ve en el límite de sus facultades y de sus sentidos.

El hombre sólo es el que indaga y quiere. Su horizonte es infinito, como sus facultades intelectuales cuando las ejerce sin trabas.

¿Que no se trate, pues, de reducir el círculo de la ciencia? ¿No es por ella por la que progresamos; la que nos conduce á través de la edades á un grado de prosperidad? ¿No es ella la que engendra la civilización, la que nos proporciona el bienestar, las satisfacciones más puras, la que nos da filosofía y asegura nuestra supremacía sobre el planeta? Cada uno tiene su tarea en este camino inmenso: unos explican la corriente de la vida, otros la verdad.

Nuestro papel es comprobar los hechos, deducir de ellos las leyes, mirándolas fríamente, sin dejarnos llevar por ningún movimiento de sensibilidad.

Cualquiera que sea su origen, y cualquiera que sea su porvenir, el hombre, por la antropología, no es sino un mamífero, cuya organización, necesidades y enfermedades, son tanto más completas cuanto su cerebro y sus admirables funciones alcanzan el máximo de desenvolvimiento. Como tal, está sometido á las mismas leyes que el resto de los animales; y como tal, comparte de su destino. El individuo nace, se reproduce y muere, como Humanidad proyecta una viva luminosidad y se perpetúa como esos soles que iluminan los mundos y que acabarán por extinguirse.

A. Copinard

EL HONOR

Se está generalmente de acuerdo acerca de que es imposible dar una definición precisa y exacta de una palabra que evoque un sentimiento ó un conjunto de sentimientos. ¿Qué definición, por ejemplo, puede darse á la palabra «amor», toda vez que esta pasión se manifiesta de mil maneras distintas, hasta tal punto, en ciertos casos, que se presenta bajo la apariencia de odio?

Mas en estas diversas maneras de entender el amor, sea por celos ó aun por envidia, se puede, con bastante frecuencia, determinar sus características generales; no ocurre lo propio por lo que concierne al honor. Débese esto á que el honor es, generalmente, un sistema de prejuicios y convencionalismos más que un conjunto de sentimientos. Y, sin embargo, es palabra que se pronuncia más seguramente y con frecuencia, con tanto énfasis y entonación, como si cada uno supiera á qué atenerse sobre ella y sobre las obligaciones que representa; yo no he conocido punto, sin embargo, cuya concepción sea más vaga, y existen, á decir verdad, tantas especies de honor como especies de hombres. Sobre

todo, la manera como las mujeres comprenden el honor es confusa y desconcertante, de tal modo es múltiple, contradictorio é incoherente. Pudiera hacerse un libro de curiosas anécdotas sobre este tema, un libro que demostrase la vanidad de esta superstición mundanal. En este libro podría hacerse figurar la historia de la marquesa de Langallery.

.

La señora de Langallery, que era una joven de Nemoud y hermana del obispo de Montauban, se había casado con uno de los más ricos gentiles hombres de Angoumois. Habíase casado muy joven y tuvo un hijo que estaba educado por su tío, el obispo, y destinado a la carrera del sacerdocio.

El Sr. Langallery amaba mucho el fausto y se congratulaba en recibir, brindándola hospitalidad, á toda la nobleza de Angoumois y de Perigord. Se tenía la mesa puesta todo el año, y sus obsequios y bondades le dieron fama en el país.

Si M. de Langallery estaba considerado como uno de los hombres más galantes de la provincia, la marquesa gozaba fama de ser una de las mujeres más bellas. Tenía ella, á la sazón, treinta y cuatro años, y estaba en toda la flor de una belleza soberana. Estaba reputada por tener gran talento, un talento sin afectación que nacía de sus dones naturales y no era fruto de una cultura asidua, porque no tenía educación y contaba con un ardor, una energía y una violencia primitivas, como veremos por lo que sigue.

Era fiel á su marido y le amaba mucho; tenía por él la mayor estimación, y en ningún caso hubiera querido ridiculizarlo, á pesar de que Angoumois estaba aún en la época de los maridos engañados; las cosas han cambiado después. Sin embargo, á pesar de su fidelidad, la señora de Langallery no dejaba de ser una dama galante: os quiero decir que ella no rechazaba las galanterías ni las propuestas de amor, y hasta sabía ser atrevida sin ofender la decencia; era, en una palabra, á propósito para conciliar sus deberes conyugales con los que le imponía su belleza.

El año en que su hijo cumplía los diez y ocho, el Sr. de Langallery le hizo venir al castillo, y con este motivo celebró grandes fiestas. Entre la numerosa sociedad que había llegado, invitada por el marqués, se encontraba el Sr. de Blevre, uno de los más corteses y perfectos caballeros de las vecindades.

Pasado algún tiempo, el Sr. de Blevre cortejó á la señora de Langallery. Esta había recibido sus homenajes y le distinguía con su favor; escuchaba sus galanteos, que eran delicados y espirituales, y se ingeniaba para responderle de la mejor manera sin disimular la satisfacción que sentía al platicar con él.

Ella le había admitido, en su intimidad más completa, haciéndole su consejero en materia de gusto y de placer, y le escuchaba con complacencia. El Sr. de Blevre, que tenía un temperamento excitable y vivo, no se le ocultaba que la señora de Langallery gozaba con sus galanterías y bromas, y esperaba la ocasión de probar un día mejor su apego. Cuando se mostraba algo insinuoso, la señora de Langallery había siempre respondido de una manera ambigua y mirándole cara á cara, que sería moralmente fiel á su esposo y que, por otra parte, no quería que se desairase su galanteador.

Con escenas parecidas, que se repetían, si la honestidad de ella no se resentía materialmente, los diversos sentimientos que en su conversación se advertían hacían presumir que su espíritu decaía. Sin prometer nada, al Sr. de Blevre la señora de Langallery le había prometido mucho. ¿Cómo explicar estas promesas con la fidelidad que ella por siempre se proponía guardar? Las mujeres tienen mil medios de hacer que pa-

rezca explicable lo que es contradictorio. De cualquier manera que fuese, el Sr. de Blevre se creyó en situación, no ya de pedir, sino de exigir, y en esta idea aguardaba encontrar una ocasión oportuna.

Esta ocasión se la deparó una partida de caza. Salió una mañana en compañía de todos los invitados para perseguir un corzo que había sido visto en un bosque próximo.

Hallándose en lo más recio de la partida, y cuando el animal acababa de salir de su guarida, abandonó el Sr. Blevre furtivamente su puesto y, por caminos extraviados, se dirigió sin ser visto al castillo. Entró silenciosamente, á fin de que no le viesen algunos criados que habían quedado sin tomar parte en la cacería, y llegó hasta la puerta del cuarto de la señora de Langallery y se detuvo, escuchando, para saber si estaba sola. Oyó que ordenaba á su ayuda de cámara ir á buscar algunos objetos que se hallaban en un cuarto bastante distante, y, cuando vió salir á la camarera, penetró resueltamente en el cuarto.

Encontróse á la señora de Langallery en traje harto ligero, mostrando unos encantos no muy á propósito para calmar su pasión.

Se arrodilló á sus pies pensando así aprovecharse de su sorpresa y de las buenas intenciones de que la creía animada. Pero su asombro fué grande cuando la señora de Langallery, que había quedado sorprendida por creerle en la cacería, repuesta de su sobreexcitación, lo rechazó violentamente. Con la más viva irritación le reprochó su conducta, preguntándole si la había tomado por una mujer perdida, y roja de vergüenza se cubrió con una cortina que halló á mano.

El señor de Blevre le respondió dulcemente, asegurándole que había obrado obedeciendo á la violencia de un amor que ella misma había alimentado; pero la marquesa, sin querer oírle, le replicó que haría que pagase su osadía, y dijo que si allí estuvieran sus criados lo haría arrojar á palos ó tirarlo por la ventana. El señor de Blevre, entonces, perdió su serenidad y le reprochó su mala fe, y olvidando el respeto que debía á una señora, le acusó de no querer otorgarle sus favores después de haberse dado á otros tal vez de más baja condición que él. Dicho esto, salió bruscamente, dejando á la señora de Langallery, presa de terrible irritación.

Montada en cólera, penetró en el cuarto de su hijo, que por sufrir una ligera indisposición no había acompañado á su padre; le contó cuanto le había pasado, vertiendo un torrente de lágrimas y mostrándose desesperada porque su hijo, por estar destinado á la iglesia, no pudiera vengar el insulto que su madre había sufrido. Sus palabras fueron tales, tan apasionadas, tan furiosas, estaba tan bella y tan dignamente colérica, que inflamó el alma del joven diácono. Se levantó violentamente, rechazó á su madre que afectaba quererlo contener, cogió una pistola que tenía colgada en la cabecera de su lecho, salió precipitadamente y se encontró en presencia del señor de Blevre. Lo encontró en disposición de montar á caballo para abandonar el castillo; marchó hacia él, y cuando el señor de Blevre le saltó al encuentro, le disparó la pistola á boca de jarro dejándole tumbado sobre el camino. La señora de Langallery había seguido á su hijo, y cuando vió cómo había vengado el insulto, resplandeció en un transporte de alegría, lo estrechó entre sus brazos y le dió repetidas gracias; pero su venganza no estaba aún del todo satisfecha, porque dejando á su hijo, se aproximó al cadáver del señor de Blevre, y quitándole su propia espada, le atravesó varias veces el cuerpo, insultándole atrocemente, parecida á una furia, y gritando en alta voz que había recobrado su honor.

Así, para esta dama, era honrado alentar á un hombre con sus actitudes, miradas dulces, tiernas y elegantes palabras; era honrado hacerle promesas que sabía que no había de cumplir; el honor consistía precisamente en faltar deslealmente á estas promesas, y

una mujer podía llegar á los extremos citados por haber sido vista poco menos que desnuda, por un gentilhombre enamorado, á quien ella había dado la mano para después rechazarlo porque tocaba su brazo.

—Tú ves, Valle, cómo eran falsas las doctrinas de la señora de Langallery. Tú seguramente las menospreciarás, porque nuestras doctrinas, en esta materia, no son mucho más seguras, á menos que no intervenga, como yo defiendo, el honor en el ejercicio de la virtud.

—¿Y sabremos nosotros entender esa virtud?

—Mi querido Valle, te contestaré que virtud es la ciencia que nos permite poner en armonía el respeto que nos debemos á nosotros mismos, con el amor que debemos á los demás, y conciliar la independencia que no es necesaria con la libertad de nuestro prójimo. Esto es, lo que equilibra en su ser y en su vida los deberes hacia uno mismo y los deberes hacia los demás, según las fórmulas de la vieja moral: tomemos un hombre virtuoso y dejemos al hombre de honor, porque no somos partidarios de los hombres de honor.

Bernard Lazare.

Hipótesis sobre la historia de la Naturaleza.

Encontrámonos constituyendo parte de un sistema de cosas de una diversidad y una perplejidad inmensa. A tal medio, en el que nos hallamos, le denominamos Naturaleza, y es para todos del mayor interés el que nos formemos un concepto exacto de la constitución de este sistema y de su historia pasada. Como cosa extensa, en relación con este universo, el hombre no es más que un punto matemático; como cosa durable, es sólo una sombra que se desvanece. No es más que una caña hueca sacudida por los aquilones de la fuerza. Pero, como Pascal observaba, hace muchísimo tiempo, es una caña pensante, y en virtud de esta maravillosa facultad de pensar, puede hacerse una concepción simbólica del universo, que, aparte de ser indudablemente imperfecta é incompletísima, como imagen del gran todo, le basta como plano para guiarle en los asuntos de la vida práctica. Han sido necesarios muchos siglos de trabajo penoso y con frecuencia estéril para que el hombre llegase á considerar con firmeza las escenas, siempre variadas, de la fantasmagoría de la Naturaleza y á distinguir entre lo que hay de permanente en esas fluctuaciones y lo que existe de regular en esas irregularidades aparentes de la misma. No ha sido sino en una época relativamente próxima, en estos últimos siglos, cuando se ha formado la concepción de un orden universal y de un curso definido de las cosas, esto es del orden de la Naturaleza.

Pero admitida una vez esta concepción del orden de la Naturaleza ha llegado á ser la idea dominante del pensamiento moderno. Para quien se halle al corriente de los hechos sobre los que se funda esta concepción y tenga competencia para estimarla en su significación, le es imposible concebir que el azar ocupe un puesto en el universo ó que las cosas no dependen sino de la consecuencia natural entre la causa y el efecto. Hemos llegado á considerar al presente como hijo del pasado y padre de lo porvenir, y como hemos arrojado al azar del universo, ni siquiera admitimos la posibilidad de alguna intervención suya en el curso de la Naturaleza. Cualesquiera que sean las doctrinas especulativas de los hombres, es seguro que toda persona inteligente orienta su vida y arriesga su fortuna de conformidad con la creencia de que el orden de la Naturaleza es cosa fija y que la concatenación natural jamás ha de romperse.

Es un hecho que ninguna de nuestras creencias tiene una base lógica tan completa como aquélla. Semejante convicción se halla en el fondo de todo razonamiento, y es el fundamento de todo acto de la voluntad. Está basada sobre la más basta de las inducciones, y confirmada por los procesos deductivos más constantes, más regulares y más universales. Pero debemos recordar que toda creencia humana, por amplia que sea su base y por inexpugnable que pueda parecer, no es, después de todo, más que una creencia probable, y que nuestras más grandes generalizaciones, así como las más firmes, son sencillamente afirmaciones que poseen un alto grado de posibilidad.

Por evidente que sea para nosotros que el orden de la Naturaleza es constante, al menos durante nuestra vida, no se deduce que necesariamente estemos autorizados para extender esta generalización al infinito del pasado, ni para negar absolutamente que puede haber un tiempo en el que la Naturaleza no siga un orden inmutable, en el que las relaciones de causa á efecto no se hallen definidas, y en el que las influencias exteriores de la Naturaleza intervengan en el curso general de la misma. Los hombres prudentes admitirán de buen grado que un universo tan diferente del que conocemos ha podido existir del mismo modo que un pensador sincero puede admitir que puede haber un mundo en el que dos y dos no sean cuatro ó en el que dos rectas no comprendan ningún espacio. Pero la misma circunspección que fuerza á admitir semejantes posibilidades, exige una gran cantidad de pruebas antes de reconocerlas como algo substancial. Y cuando se afirma que hace millares de años los sucesos se producen de una manera extraña á las leyes de la Naturaleza, á sus leyes actuales, lo que es completamente incompatible con estas leyes, los hombres que sin ser particularmente prudentes son sencillamente pensadores honrados no vacilan, antes de engañarse á sí mismos y á los demás, en pedir una prueba de los hechos que son dignos de fe.

¿Las cosas tales como han pasado ó no? He aquí una cuestión histórica de la que nos es menester una respuesta de la misma manera que cuando se busca una solución á un problema histórico cualquiera. Para mi entender no hay más que tres hipótesis en cuanto á la historia del pasado de la Naturaleza. Voy á enunciarlas ahora:

En la primer hipótesis se admite que los fenómenos de la Naturaleza semejantes á los que presenta el mundo actual, han existido siempre, ó en otros términos: que el universo ha existido desde la eternidad, en lo que puede llamarse de un modo general, en su estado actual.

La segunda hipótesis es que el estado actual de las cosas no tiene sino una duración limitada, y que en algún período del pasado ha habido un estado del mundo, esencialmente parecido al que conocemos ahora, que comenzó sin estado precedente, del que pudo proceder, naturalmente. La suposición de que se producen estados sucesivos de Naturaleza cada uno sin relación de causación natural con un estado antecedente, no es sino una sencilla modificación de esta segunda hipótesis.

La tercera hipótesis pretende también que el estado actual de las cosas no debe tener sino una duración limitada, pero supone que este estado se desenvuelve por un proceso natural sin relación con un estado antecedente, y éste de otro anterior, y así sucesivamente. En esta hipótesis renúnciase de ordinario á asignar un límite en la serie de los cambios pasados.

Es esencialísimo formarse ideas claras y distintas sobre lo que significa realmente cada una de estas tres hipótesis, así yo desearía que os imagináseis lo que, según cada una de ellas, ha debido ser visible á un espectador de los sucesos que constituyen la historia de la tierra. Según la primera de las hipótesis, por mucho que el espectador se remontase

á los tiempos pasados, él había visto un mundo esencialmente parecido al que existe ahora, salvo en algunos detalles sin importancia.

Los animales existentes entonces serían los antecesores de los que viven hoy y les serían semejantes; las plantas, igualmente serían las que conocemos; y las montañas, las llanuras y las aguas ofrecerían los rasgos característicos de nuestra tierra y de nuestros ríos actuales.

Tal opinión era común y corriente en los tiempos antiguos, de una manera más ó menos distinta, combinada á veces con la idea de los ciclos recurrentes de cambios, y su influencia se ha sentido en nuestros propios días. Es digno de observarse que no es incompatible en absoluto con la doctrina del uniformismo, familiar á los geólogos. Husson y Lyell, en sus primeros años, la han sostenido.

Husson, sorprendido por la demostración de los astrónomos, que observaban cómo las perturbaciones de los cuerpos planetarios, por grandes que fuesen, tarde ó temprano se rectifican por sí mismas, y que el sistema solar posee una facultad de adaptación propia, por la cual esas aberraciones pueden referirse á un estado medio. Husson imaginó que podía suceder algo análogo en los cambios terrestres, aunque nadie como él mismo ha reconocido de una manera admirable que la tierra es sustraída constantemente por las lluvias y los ríos, siendo arrastrada al mar, y que así, en un tiempo más ó menos corto ó largo, las desigualdades de la superficie terrestre quedarán niveladas y sus más altas mesetas llevadas al Océano. Pero teniendo en cuenta las fuerzas interiores de la tierra, que elevando el fondo del mar, hacen emerger nuevas tierras, pensó que esas operaciones de depresión y elevación alternativas podían compensarse recíprocamente, y que de esa suerte, por un tiempo determinado, los rasgos generales de nuestro planeta podían permanecer tal como son. Y en tanto que en esas circunstancias no ha habido límite necesario á la propagación de los animales y plantas, es evidente que la aplicación lógica de la idea uniformista podría conducir á la concepción de la eternidad del mundo. Yo no quiero decir que Husson ó Lyell hayan sostenido semejante idea, no. Seguramente han sido los primeros en refutarla. Sin embargo, el desenvolvimiento lógico de sus argumentos tiende directamente á esta hipótesis.

T. H. Huxley.

ESCENAS DE FAMILIA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

MAXIMO GORKI

VERTIDO AL CASTELLANO

POR

LUIS RUIZ CONTRERAS

Personajes.

Basilio Bezsemenof.....	58 años.	Jorge (pajarero).....	50 años.
Agustina su mujer.....	52 »	Paulina (su hija).....	21 »
Pedro (estudiante), su hijo.....	26 »	Elena (viuda hermosa).....	24 »
Ana (maestra), su hija.....	28 »	Felipe (estudiante).....	22 »
Gregorio (maquinista).....	27 »	Catalina (criada).....	60 »
		Sofía (institutriz).....	25 »
		Nicolás (sacristán).....	30 »

Decoración.

Habitación espaciosa en casa de menestrales bien acomodados. A la derecha, dos tabiques en ángulo recto, forman con el rincón del fondo una pequeña habitación, con ventana muy alta en el tabique horizontal al proscenio y puerta vidriera en el vertical, en el dormitorio de Ana. Al fondo, reducido por este apéndice, puerta central que conduce á la antesala, cocina y habitaciones de los huéspedes; un reloj de caja con gran péndola que da mucho golpe y una mesilla cubierta con un fanal en el que se guardan una imagen, jarroncitos y cajitas de caracoles de mar y otras lindezas por el estilo, á uno y otro lado de la puerta; y alternando con la puerta el fanal y el reloj, cuatro sillas de Viena. A la derecha, sillas muy correctamente alineadas, fogueando todo el ángulo interno y un piano en primer término, con su taburete, más hacia el centro; y en primer término también un diván. A la izquierda, en el paño de pared, dos puertas, y entre ellas un gran aparador con vajilla y cristal. Sillas en los espacios libres, más sillas de Viena, muy simétricamente colocadas. En primer término, una mesa de comedor, redonda, con lámpara colgada. En primer término, á la izquierda, una estufa, cuya tubería se alza verticalmente y formando coño por encima de la puerta, horada la pared.

Lugar de la acción: una humilde ciudad.

Comienza el primer acto á las cinco de la tarde, un día de Otoño. El escenario está casi á oscuras.

El acto segundo, al medio día en la misma estación.

El tercero, por la mañana.

El cuarto, por la noche. Hay luz encendida desde que se alza el telón.

ACTO PRIMERO**ESCENA PRIMERA**

Ana y Paulina.

(Ana, recostada en el diván, leyendo. Paulina, sentada en el taburete del piano, escucha con gran atención.)

ANA

(leyendo). «Apareció la luna, y era incónt-

preñible que, tan pequeña y melancólica, bañase la tierra con su luz tibia, de un azul plateado...» *(Deja caer el libro sobre las rodillas).* Ya no veo.

PAULINA

¿Encenderé una luz?

ANA

No. Basta de lectura.

PAULINA

Está muy bien escrito. Dulce, sencillo, triste... Interesa. *(Un silencio).* Me gustaría saber cómo acaba. ¿Se casarán al fin?

ANA

Eso no es lo importante.

PAULINA

A mí no me gusta ese hombre... No.

ANA

¿Por qué?

PAULINA

Porque se queja de todo; porque no está seguro de nada... Un hombre debe saber cómo emplea su vida...

ANA

(A media voz.) Gregorio... ¿lo sabe?

PAULINA

Sí lo sabe.

ANA

¿Qué piensa?

PAULINA

No puedo explicártelo como lo explica él, sencillamente... Gregorio no perdona la maldad, la codicia...

ANA

¡La maldad!... ¿En qué consiste ser malo, ser bueno?

PAULINA

Gregorio lo sabe. *(Silencio. Ana mira fijamente á Paulina; ésta coge y hojea el libro, sonriendo.)* Me gusta mucho. Y la heroína ¡qué simpática! Tan virtuosa, tan modesta... Una mujer así atrae.

ANA

A ti, pobre inocente. Yo me aburro con esa historia. La mujer, no ha existido; y la casa, el campo, la luna... Todo mentira; todo imaginación. Y las novelas repiten siempre los mismos engaños... En ellas no aparece la

vida como es en realidad; la nuestra, la tuya, por ejemplo...

PAULINA

Escriben cosas interesantes. ¿Acaso es posible que nuestra vida interese?

ANA

(Reconcentrada y dolorida, exaltándose.) Ya se ve. Las novelas, me parecen escritas por hombres que me desprecian, que tratan de imponerme sus gustos y sus pensamientos.

PAULINA

Yo imagino en cada escritor un alma bondadosa. ¡Me gustaría conocer a un escritor!

ANA

(Sigue como si hablara para sí.) Describen lo repugnante y doloroso, no como yo lo siento, sino de una manera singular, hinchándolo con apariencias trágicas. Y lo bueno... lo bueno lo inventan. Ningún hombre declara su amor como ellos lo describen. Y la vida no es una tragedia. Corre suave, monótona, como un arroyo de agua turbia. Sí; viendo correr un arroyo, la inteligencia se adormece, la voluntad se aletarga, el continuado murmullo nos invade, no dejando lugar ni a esta pregunta: «¿por qué razón corre?»

PAULINA

Quisiera conocer al autor. Mientras lees, yo me preguntaba: ¿Cómo será? ¿Joven? ¿Moreno?

ANA

Ya no es nada. Murió.

PAULINA

¿Hace mucho tiempo? ¿Cuántos años tenía?

ANA

Era un hombre maduro... Y borracho.

PAULINA

¡Qué lástima! *(un silencio)*. ¿Por qué se dan a la bebida tantos hombres inteligentes?

ANA

Vivir... los aburre.

ESCENA II

Las mismas, Pedro.

(Pedro, adormilado aún, apareciendo en la segunda puerta de la izquierda.)

PEDRO

¿Por qué no encendieron luz? ¿Quién hay aquí?

PAULINA

Ana y Paulina.

PEDRO

¿Qué gusto estar á obscuras.

PAULINA

Aún se ve un poco.

PEDRO

Entra en mi alcoba un olor de aceite quemado... Sin duda esto me hizo soñar que nadaba en un río de agua espesa... no sabiendo á donde ir... Vefía restos del naufragio, tablas que se deshacían en polvo al acercarme á cogerlas: todas apollilladas, podridas... Un absurdo. *(Recorre la habitación silbando. Paulina se levanta y enciende la lámpara que pende sobre la mesa.)* Ya es hora de que sirvan el te.

PAULINA

Voy á prepararlo.

(Se va Paulina por la puerta del fondo.)

ESCENA III

Ana y Pedro.

PEDRO

En cuanto anochece, todo es triste y abrumador en esta casa; como si estos muebles antediluvianos ensancharan y nos oprimieran, cortándonos la respiración... *(Da un puñetazo al aparador.)* Hace diez y ocho años que lo veo aquí. Dicen que la vida todo lo arrastra, que todo se consume con el tiempo; el tiempo y la vida respetan los obstáculos. Aquí está, invariable, inmóvil, como todo lo que nos rodea, como todo lo que nos abruma.

ANA

Te aburras, Pedro: es malo vivir así.

PEDRO

¿Por qué?

ANA

No vas á ninguna parte... Solo arriba, por las noches, á ver á Elena: Y esto preocupa bastante á los papás. *(Un silencio; mientras, Pedro pasea y silba.)* Yo también estoy fati-

gada... y aburrida. En la escuela, el ruido y el barullo me consumen; aquí el silencio y el orden. Menos mal desde que tomó Elena el piso de arriba. El agotamiento me irrita... y aún están distantes las vacaciones, muy distantes... Noviembre, Diciembre... (*Dan las seis en el reloj.*)

ESCENA IV

Los mismos, Basilio.

(*Basilio, asomándose a la puerta primera de la izquierda.*)

BASILIO

¿Ya estáis de charla? Y tú, Pedro, no me habrás copiado lo que te dije...

PEDRO

Sí, está.

BASILIO

¡Gracias a Dios! (*Basilio se retira y cierra.*)

ESCENA V

Ana y Pedro.

ANA

¿Te había refido antes?

PEDRO

Ya ni sé cuando rife. Nunca está satisfecho de nosotros.

ESCENA VI

Los mismos y Agustina.

(*Agustina, entrando por la puerta del fondo, se dirige al aparador y dispone la mesa para el té.*)

AGUSTINA

Ya llueve otra vez. Hace frío en esta casa. Encendimos la estufa, pero hace frío. Una casa ruinososa... El viento se cuele por todas partes... Y vuestro padre, ¡tiene un humor!... Se queja de los ríñones... Es viejo ya... ¡Otra ruina! Los disgustos... el desorden... los gastos... las atenciones constantes...

ANA

(*A Pedro.*) Anoche, ¿subiste a ver a Elena?

PEDRO

Sí,

ANA

¿Te diviertes arriba?

PEDRO

Siempre. Tomamos te, cantamos, discutimos...

ANA

¿Quién va?

PEDRO

Gregorio y Felipe.

ANA

¿Van todos los días como tú?

PEDRO

Sí. Todos los días. Gregorio habla con entusiasmo de la evolución, del goce de vivir, de la energía... Me tiene harto con sus ridículos desplantes. Creyéndole, imaginaríamos la vida en forma de indiano, que de pronto ¡allá voy! desembarca y nos cubre de beneficios. Felipe sermonea las ventajas de la leche y lo nocivo que resulta el tabaco...

ANA

Siempre lo mismo.

PEDRO

Siempre.

ANA

¿Te gusta mucho Elena?

PEDRO

Bastante. Su alegría, su animación...

AGUSTINA

Es una veleta. Su vida no tiene objeto. Siempre superficial. Visiteos, bailes, té, azúcar y canciones... Lo mismo siempre. Se lava en un barreño y hace goteras que nos pudren la casa.

PEDRO

Pero, mamá...

ANA

(*A Pedro.*) Ya sabes que no podemos hablar cuando ella nos oye.

ESCENA VII

Los mismos y Catalina.

(*Catalina entra por la puerta del fondo llevando en una bandeja un pesado servicio de té que deja sobre la mesa.*)

CATALINA

Un día se me caerá. Pesa mucho para mis fuerzas.

AGUSTINA

¿Por qué no le dices al sacristán que te lo traiga? Le sobra tiempo y brazos.

(*Catalina por la puerta del fondo murmurando.*)

ESCENA VIII

Los mismos menos Catalina.

PEDRO

Bien. A un huésped se le piden tales cosas... Pídanle ya que lave la vajilla y encienda el fuego.

AGUSTINA

(*Gesticulando mucho, enfadada.*) ¿Por qué hablas á tontas y á locas? Todo se hace sin ayuda. Pero el servicio de te...

PEDRO

Cada tarde lo mismo. ¿Quién llevará el te á la mesa? Catalina ya no puede con sus zancajos, y es vituperable vivir así, cuando se tienen depositados en el Banco...

AGUSTINA

Si te oye tu padre... tendrás que sentir. Ese dinero que dices, ¿lo has ganado tú?

PEDRO

¡Mamá!

ANA

(A Pedro.) Cállate.

PEDRO

(A Ana.) Sin querer, entablamos las mismas discusiones todos los días.

AGUSTINA

Ahora murmurad. Vuestra madre no puede permitirse la más pequeña observación...

PEDRO

Esto empequeñece, desgasta: es un rozamiento constante que... anula.

AGUSTINA

(*Entreabriendo la primera puerta de la derecha.*) ¡Basilio! Ven á tomar el te.

PEDRO

Cuando pueda volver á la Universidad, me veréis poco en esta casa; no vendré ni por vacaciones. Los tres años de vida estudiantil me hicieron olvidar estas costumbres; todo pequeñeces y miserias que humillan... Se vive muy bien lejos de las delicias del hogar paterno.

ANA

Yo, no sé á dónde ir.

PEDRO

¿No tienes la Escuela Normal?

ANA

Y ¿de qué me sirve la Escuela Normal? Otra vez estudios nuevos, libros, trabajos... No; lo que yo necesito es vivir; quiero vivir, ¿lo entiendes?

AGUSTINA

(*Poniendo las manos en la tetera, se abrasa y da un chillido.*) ¡Ah! ¡Maldita suerte!

ANA

(A Pedro.) No he vivido aún: desconozco la vida y quiero vivir; ¿de qué manera?

PEDRO

Sí; es indispensable aprender á vivir...

ESCENA IX

Los mismos, Basilio.

(*Basilio aparece por la puerta de la izquierda.*)

BASILIO

¿Habéis llamado á los huéspedes?

AGUSTINA

Pedro, llama.

(*Pedro se va por la puerta del fondo; Ana se acerca á la mesa, llevando una silla para su padre; luego acerca otra para su madre y, por fin, una en que se sienta.*)

BASILIO

(*Al coger el azucarero para servirse.*) Ya sabéis que hay que partir el azúcar. Los terrones que traen de la tienda son muy grandes. Con un cuchillo se parten cada uno en dos, ó en tres, y las migas que se hacen se recogen para endulzar alguna compota... (*Ana gesticula nerviosamente suspirando, como si la oprimieran.*) ¿Qué significan tus gestos?

ANA

Nada... nada... No digo nada.

BASILIO

Te molesta oírme. Sin pensar lo que os interese en mis palabras. Los viejos vivimos; bien ó mal hemos labrado nuestra vida. Y vosotros, ¿cómo viviréis?

ANA

Papá, me lo repite usted á cada instante.

BASILIO

Pero inútilmente. Hasta que muera, te lo repetiré. Porque un solo pesar tengo: ¿qué seréis? A Pedro le arrojaron de la Universidad por indisciplinado; tú... no llevas camino de casarte.

ANA

Yo trabajo.

AGUSTINA

(que oye inquieta la conversación de la hija y el padre, á Basilio con mucha suavidad); ¿Quieres unas empanadillas que sobraron? Dí.

BASILIO

(Mirándola disgustado porque le distrae y á punto de increparla. Pensándolo bien, sonríe.) Bueno, trae las empanadillas. *(Agustina se levanta y abre apresuradamente la parte baja del aparador. Saca un plato con empanadillas y lo pone delante de Basilio.)* Ya ves á tu madre; como una perra que defiende sus cachorros... Temblando siempre, temiendo siempre que os hieran mis palabras.

ESCENA X

Los mismos, Jorge y Paulina.

(Entra Jorge por la puerta del fondo y tras él Paulina.)

¡Bahl! ¡El pajarero! Apareciste al fin.

JORGE

Paz y salud en esta casa. Que la gocen el dueño de cabellera blanca, la señora, siempre agradable, y sus descendientes, por los siglos de los siglos.

BASILIO

Y tú, ¿has vuelto á la bebida?

JORGE

La pena me arrastró...

BASILIO

¿Qué pena?

JORGE

He vendido un pinzón delicioso. Lo tuve tres años y cantaba... ¡Oh, cómo cantaba!... Figúrate mi pena... Venderlo, cuando estoy acostumbrado á oírlo. *(Coge una silla y la acerca á la mesa para sentarse.)*

BASILIO

¿Por qué lo vendiste, queriéndolo tanto?

JORGE

Me lo pagaban muy bien.

AGUSTINA

¿Para qué necesitas el dinero? ¿Para tirarlo?

JORGE

(Sonriendo.) Tienes razón. El dinero no se hizo para mí.

BASILIO

Ya ves cómo no había motivo que te obligase...

JORGE

Había uno, muy poderoso. El pájaro cegaba y se moriría...

BASILIO

(Sonriendo.) También tú engañas...

JORGE

El instinto ruin... Comprendo que hice mal.

ESCENA XI

Los mismos, Pedro y Nicolás.

(Entran por la puerta del fondo Pedro y Nicolás.)

ANA

(A Pedro.) ¿No viene Gregorio?

PEDRO

Ha ido con Felipe al ensayo.

BASILIO

¿Quieren dar una función?

PEDRO

Sí.

JORGE

(A Nicolás.) ¿Quieres ir conmigo á caza pájaros?

NICOLÁS

¿Cuándo ha de ser?

JORGE

Mañana, si quieres.

NICOLÁS

Imposible; hay un entierro.

JORGE

Temprano; antes de la misa.

NICOLÁS

Bueno. *(A Agustina.)* Señora, ¿sobró algo? ¿Puede usted darme algo de comer?

AGUSTINA

Sí; Paulina, trae alguna cosa para Nicolás. *(Paulina se va por la puerta del fondo.)*

ESCENA XII

Los mismos, menos Paulina.

NICOLÁS

Se lo agradezco mucho; porque hoy, como usted sabe, no he comido; hubo entierro y boda... Todo el día en la iglesia y en el cementerio.

AGUSTINA

Ya lo sé; ya lo sé.
(*Pedro coge su taza de te y se va a sentar en diván, donde lo toma tranquilamente, aislado.*)

BASILIO

Eso es lo que te hace falta para ganar mucho dinero. Casi todos los días muérese alguien.

NICOLÁS

St; no va mal.

BASILIO

Y hay muchas bodas.

NICOLÁS

También; se casan muchos.

BASILIO

Ahorra dinero y cástate como todos.

NICOLÁS

No me seduce la idea. (*Ana se acerca a Pedro, y, sentándose con él en el diván, habla a voz baja.*)

JORGE

No te cases; no te conviene. Al fin y al cabo el matrimonio sujeta, y tú eres, como yo, un hombre libre. Más vale que vayamos a coger pinzones.

NICOLÁS

De acuerdo con usted.

JORGE

Un entretenimiento agradable, coger pinzones. Las primeras nieves engalanan la tierra; la visten con la casulla de Pascua. Todo un limpio, tan brillante... Y al salir el sol todo sonríe, todo canta. Las hojas marchitas oran los árboles en las ramas, quédanse rendidos los copos de nieve... Y de pronto: *urr... burr... bur...* una bandada que se acerca... *pti... pti... pti...* los pajaritos rojos, poniéndose y pavoneándose... tan pequeños... tan altivos... ¡parecen generales!... Andan y

¡van, ¡qué gusto! Al verlos me dan envidia, y quisiera yo ser un pinzón, para pasearme tan estirado sobre la nieve.

BASILIO

El pinzón es un pájaro tonto.

JORGE

También yo soy tonto.

AGUSTINA

Eres como un chiquillo.

NICOLÁS

Pero tiene razón.

JORGE

Me divierte mucho coger pájaros. ¿Hay en el mundo nada más bonito que un pájaro cuando canta bien?

BASILIO

¿Ignoras que es una iniquidad coger a esos animalitos?

JORGE

No lo ignoro. Pero eso me gusta y no sé hacer otra cosa. Toda labor humana es honrada si el entusiasmo lo justifica.

BASILIO

Entonces los que se apropian bienes ajenos...

JORGE

Eso no es una labor humana: es un robo.

BASILIO

Verdad.

AGUSTINA

(*Bostezando.*) Oh-oh-oh... Me aburro. El anochecer da tristeza. Nicolás, ¿por qué no traes tu guitarra? Tocando nos distraerías.

NICOLÁS

Cuando alquilé mi habitación, respetable señora, no me comprometí a distraer a nadie.

AGUSTINA

¿Qué dices?

NICOLÁS

Lo que oyen ustedes.

BASILIO

Me sorprende oírte, Nicolás. Tú no eres nada en el mundo, nada; no tienes posición social; pero tienes orgullo, ¿en qué lo fundas?

NICOLÁS

(*Tranquilamente.*) ¡Bah! Es de nacimiento.

AGUSTINA

¿De qué podría estar orgulloso el infeliz?

ANA

¡Mamá!

AGUSTINA

¿Qué me quieres? ¿He dicho algo que no se debe decir? Bueno, me callaré; no te preocupes.

BASILIO

(*Con ironía.*) Antes de hablar piénsalo bien. Vivimos entre personas ilustradas, y pueden someter lo que decimos buenamente a una crítica fundada en la ciencia. Somos viejos y tontos...

AGUSTINA

(*Conciliadora.*) Después de todo, ellos han estudiado más que nosotros...

JORGE

Basilio, burla burlando tú dijiste la verdad...

BASILIO

No era todo ironía.

JORGE

¡Déjame hablar! Los viejos, realmente, son tontos.

BASILIO

Lo dirás por tí.

JORGE

Yo no soy nada ni valgo nada. Los viejos razonan como arde un leño mojado, haciendo más humo que llama.

NICOLÁS

¡Muy justo! (*Paulina mira cariñosamente a su padre y le apoya una mano en el hombro.*)

BASILIO

Despotrica; sigue, sigue... (*Pedro y Ana interrumpen su conversación y atienden a Jorge risueños.*)

JORGE

(*Animándose.*) Los viejos son obcecados. Un viejo sabe que se equivoca y que no comprende nada; pero no lo confiesa nunca, no lo reconoce. Su orgullo le domina. Y ¡qué orgullo! Ha vivido, ya véis, ¡ha vivido! Sólo de pantalones ha roto más de cuarenta... ¿Y no ha de comprender lo que un muchacho comprende? ¡Sí, en seguida! ¿Le suponéis ignorante? Lo toma como una injuria, y repite: «Soy viejo, soy respetable porque soy viejo; conozco la verdad porque soy viejo.» Su inteligencia es tarda, oscura; mientras la de los jóvenes... brilla, y con rapidez se hace cargo de todo, es fuerte, ágil.

BASILIO

(*Con acritud.*) No sabes lo que dices; te pasas. ¿De modo que, según tú, los jóvenes pueden enseñarnos a razonar?

JORGE

(*Solarronamente.*) Ya ¿para qué?

BASILIO

Soy más viejo que tú; calla mientras yo hablo. Y digo: ¿Por qué los fuertes, los jóvenes, los ágiles de pensamiento nos desprecian y no quieren discutir con los viejos? ¿Por qué nos hacen burla? Reflexiona... Yo también reflexionaré... sólo en mi cuarto... pues no puedo alternar en una reunión tan ilustrada... (*Se levanta bruscamente y se va por la primera puerta de la izquierda.*)

Crónicas de Arte y de Sociología.

PARÍS

La censura teatral y Fin de Ciel, de Carlos Malato.—*El centenario de la muerte de Kant. Spinoza, por E. Chartier. Paul Delaplane, éditeur. París.*—*Physique de l'amour, por Remy de Gourmont. Mercure de France. París.*—*Oeuvres galantes des conteurs italiens, por Ad. van Bever y Ed. Sansot-Orland. Mercure de France, París.*—*Movimiento teatral: Teatro del Vaudeville, Décadence.*—*Teatro de L'Oeuvre, Rosmersholm.*—*Teatro Antoine, Oiseaux de Passage.*—*Odéon, La Dette.*

Mucha polvareda se levantó, hace cosa de dos años, con motivo del veto que la censura impuso á la representación de *Les Avaris*, de Brieux. Unos abogaron entonces por

la libertad del arte y otros defendieron la tiranía de las empresas. La prensa apuró el acontecimiento hasta la saciedad, y hubo revistero que, con todo el desparpajo de la ignorancia periodística, se dió á interviewar al eminente siflógrafo Fournier, sólo porque se trataba de una lumbrera, con la cual se adornaría el periódico, y también porque aquél había ganado, con su especialidad, más de veinte millones de francos. Ya es sabido la importancia que, en la sociedad presente, se otorga á eso del dinero...

Cuando una obra tiende á señalar fealdades morales ó iniquidades sociales, todo el mundo la aplica el sambenito de inmoral; pero si se representa una de esas picantes ensaladas literarias, con buen condimento de adulterios y de trapisondas, todo el mundo aplaude el embrutecimiento que, con ello, alcanza la conciencia.

El gobierno, que tiene la misión de esclavizar con engaños al pueblo y no de emanciparle, cuida bien de autorizar lo primero y prohibir lo segundo. En todo caso, permite que, como tendenciosas, se representen obras reaccionarias, como *Le Retour de Jérusalem*, de Donnay, en la que este autor flagela á los judíos, para provocar escándalo, halagar á la mayoría y ganarse sus cien mil francos anuales con buen número de representaciones.

En cambio, la censura impidió que se pusieran en la escena obras de mérito verdadero como *Ces Messieurs*, de Ancy, y *Décadence*, de Guñón, hasta que una violenta campaña periodística obligóle á levantar esa prohibición, y ahora se da en el Vaudeville la última pieza, de la cual me ocupo más adelante.

No se ha achicado, por ello, la censura; antes ha cobrado mayor arrojo y últimamente las ha emprendido contra la graciosa pieza revolucionaria *Fin de Cielo*, de Carlos Malato. Esta opereta, que se compone de tres actos y cinco cuadros, tenía que estrenarse en el teatro de Bouffes-du-Nord. La censura la ha prohibido por ridiculizar la religión y ultrajar á la Virgen. Gerault Richard y Laurent Tailhade han protestado después que lo hizo Malato en dos amenas cartas.

Malato sigue el mismo método que los que se han chanceado en la escena de Júpiter, de Jehová, de Minerva y otros dioses más poéticos que la inmundada chusma de santos piosos del cristianismo. Sólo que Malato lo hace con un gracejo más disolvente para esos ídolos de la imbecilidad.

Después de tanto Ibsen, tanto Bjornson y otros *du minori* del Norte, de excesiva austeridad é intrincada filosofía, opino que es ocasión de dar rienda suelta al buen talante meridional, hasta para cumplir fines revolucionarios. ¿Son muchos los escritores que, como acción demoledora, hayan aventajado á Voltaire, quien usó tanto de la ironía? ¿Quién se chanceó mejor de las cosas llamadas santas que el estupendo Rabelais?

Entre todos los escritores anarquistas, Malato es de los más interesantes, por la ingenuidad de su carácter despreocupado, por su entusiasmo por las ideas y su acerada crítica, de lo injusto y de lo humano. Pocos, como él, saben criticar los acontecimientos con tanta gracia, tanta filosofía y tanto arte. Es breve, es plástico y es intenso. Tailhade, en *L'Action* dice de él: «Carlos Malato es un demócrata singular y un agitador especialísimo, no sólo por su energía y su talento, sino sobre todo por la jovialidad de su espíritu, por el buen talante que conserva á través de todas las asechanzas, los azares y los obstáculos. Es apóstol de ateísmo que va á caza de aventuras; pertenece á una enjundia de conspiradores que no se entretienen en ejercicios oratorios...» La semblanza es justa, y realmente es muy hermoso eso de ver á un anarquista como Malato tratando de destruir la vieja sociedad riendo y de edificar la nueva cantando.

Puede considerarse *Fin de Cielo* como una parodia merítísima y disolvente de los

misterios medioevales, que presentaban en la escena á Dios, á la Virgen y demás corte celestial. Con una imaginación plétórica, que le ofrece chusquedades de las más grotescas para emitir sus ideas flageladoras, se burla lindamente Malato de Jesús, del Espíritu Santo, de la Virgen, de San Luis Gonzaga, de María Magdalena, etc., etc. Hace penetrar en el cielo á un orador revolucionario, en el momento en que duerme su borrachera San Pedro, á quien el viejo Noé ha ofrecido unas copas. Comienza á soplar, en la celeste esfera, un ventisico de irreligión y de revuelta, andando en danza ángeles y vírgenes, con el mayor descoco y en términos que obligan al Padre Eterno, de tan aburrido, á abdicar á favor de Tolstoi, el único mortal que cree aún en él.

* * *

En el anfiteatro Descartes, de la Sorbona, se celebró el día 21 de Marzo una sesión conmemorativa del centenario de la muerte de Kant. M. Debblos habló «sobre la crítica de la facultad de juzgar», M. Contoural «sobre Kant y las matemáticas modernas», y M. Bontroux hizo una conferencia sobre «La moral de Kant y el tiempo presente.»

A Kant se debe el gran descubrimiento de la idea crítica, con la cual trató de averiguar, no sólo las condiciones del conocimiento, sino el origen y el valor de los elementos de nuestras representaciones. Afirmó los derechos de la razón y de la filosofía contra la fe y la teología. Se caracterizó como gran filósofo por su independencia respecto de la autoridad y por su amor á la verdad.

Kant, según dice un contemporáneo suyo, se interesaba por todo y lo leía todo. La revolución francesa, por ejemplo, le llenó de entusiasmo, pues veía en ella el esfuerzo de la historia para establecer la sociedad sobre principios racionales.

Mucho detenimiento exigiría la exposición de su filosofía, que es compleja y oscura. Inmensos son sus comentadores. Para no extendernos, nos ocuparemos sólo del hombre. Su frente era descubierta y conformada para pensar. En su semblante resplandecía una alegría perenne. En la conversación mostraba plétora de ideas y las ofrecía con buen humor. Esto hacía que su enseñanza (pues era catedrático de filosofía en Heidelberg) resultase sumamente amena. Excitaba y obligaba agradablemente á sus alumnos á pensar por cuenta propia. Así lo decía Herder.

Kant era de estatura pequeña. Tenía el pecho hundido, sus hombros eran estrechos, los huesos y los músculos poco desarrollados y la articulación de su brazo derecho se hallaba ligeramente dislocada. Débil fué en salud durante toda su vida, padeciendo de una constante opresión; sólo á costa de un régimen severo y metódico logró alcanzar edad avanzada y suministrar tanto trabajo como profesor y como escritor.

* * *

En tiempos en que no se permitía la libertad de pensar, era sumamente dura la tarea de los filósofos, si querían decir algo nuevo. De ahí que muchos se valgan de subterfugios religiosos para expresar ideas irreligiosas. La mescolanza es sólo aparente y el avisado leyente puede separar, en el autor, lo que en él es convencional y lo que pone de real.

Tal acontece con Descartes; lo mismo ocurre con Spinoza, sobre cuya filosofía acaba de publicar un ensayo, breve y ameno, el profesor de Ruan E. Chartier. Spinoza, para desbancar la religión, emitió la siguiente idea: la filosofía es la verdad de la religión. Esta cede, pues, el sitio á aquella. Sólo con ayuda de la Razón, dice este filósofo, se puede conseguir la verdad.

Spinoza vino, con el Método Reflexivo, á completar la obra de Descartes, aun cuando éste creyese llegar á la verdad por el encadenamiento de verdades relativas y aquel opi-

nase que se la descubría por la instrucción. Spinoza opinaba que una idea verdadera es la que conviene á su objeto. La verdad se encuentra en sí misma, en el modo como la idea es idea.

En cambio entendía que el poder de la experiencia se reduce á la comprobación de un hecho. Nuestros sentidos, decía, pueden engañarnos. La existencia, á su juicio, no tenía ningún valor ante la esencia, que estimaba diferente de aquélla. La esencia es la naturaleza de las cosas que existen y creía Spinoza que no hay ninguna verdad de la existencia para el intelecto humano, el cual sólo debe de buscar la esencia de las cosas eternas y fijas. Las verdaderas ideas son, para él, las esencias. En la idea de la verdad de una deducción encontramos incluso, como condición necesaria de la misma, la idea de alguna verdad conocida de otro modo que por deducción: el principio simple y evidente. Existe, pues, un conocimiento intuitivo é inmediato de cada esencia determinada.

Hay que partir, en su opinión, de la idea concebida, sin ayuda de otra cosa. Tal es la idea de lo verdadero, del ser total y perfecto: la idea de Dios. Spinoza afirma que Dios ó la substancia (para decir lo cual podía prescindir de Dios) existe necesariamente. Esta es una de las ideas *a priori* que niegan los sensualistas, quienes otorgan un lugar á la sensación junto á la razón del sentido común.

La substancia es lo que es en sí. Todo lo que existe está en Dios y es concebido por él. Podemos, dice, considerar al Ser ó Dios como constitutivo del todo de los cuerpos que entran y salen de la existencia, empujados por otros que nacen y mueren. Las ideas existen en Dios. La idea de una cosa que existe es el alma de esta cosa.

Establece tres clases de conocimientos: 1.º El de la imaginación ó representación de la existencia, contingente de las cosas, y lo estima como engañoso. 2.º La Razón, que tiene por objeto la Extensión, que es común á todos los seres. 3.º Conocimiento intuitivo de la esencia de las cosas particulares, que es el completo y el perfecto.

Niega el libre albedrío en el alma humana, opinando que el curso de los sucesos no puede depender del capricho del individuo. Pero nosotros pensamos que sí, con su acción. Hay muchas afirmaciones reaccionarias en la filosofía de Spinoza, que sólo vale por la defensa que hace de la Razón.

Decía aquél, además, que las pasiones y sus efectos resultan necesariamente de la condición humana, es decir, de que el cuerpo del hombre es parte de su naturaleza. Estimaba, pues, que no puede hacerse responsable á ninguna voluntad libre de la injusticia y de la maldad de los hombres.

**

Remy de Gourmont acaba de publicar un libro sumamente importante: *Física de amor*. Campea en él cierto espíritu científico y mucha amenidad literaria. El autor aspira á situar la vida sexual del hombre en el plan único de la sexualidad universal, es decir, integrar la idea de hombre en la idea de animal. Pero estima como una quimera el ensueño de una transformación indefinida de las especies actuales.

Sostiene la teoría de que el hombre no fecunda á la mujer, sino que entre ambos se opera la conjugación fecundatriz de los espermatozoides del hombre y de los óvulos de la mujer.

Se ocupa de la vida maravillosa de los insectos en el acto sexual. Hace observaciones interesantes sobre ello. «En el mundo de los insectos, el macho constituye el sexo elegante y frágil, el sexo dulce y sobrio, no ejerciendo más industria que la de amar y de agradar.» Hablando del gorjeo de los pájaros y el canto de los insectos, dice que es á veces un llamamiento al amor, pero resulta á menudo sólo ejercicio fisiológico necesario

y á la vez desinteresado. Fabre, en cambio, veía en ello la alegría universal, que cada especie celebra á su modo. Añade Gourmont que, entre los insectos, es la hembra quien acentúa el tipo de la especie. Estima que en la naturaleza no existen leyes generales, á excepción de las que regulan toda la materia. «Con el nacimiento de la vida, la tendencia única diverge en las múltiples líneas.»

Sostiene la superioridad de la belleza femenina sobre la belleza masculina; ello le restará la benevolencia de los estetas de ahí y de aquí.

Lo que hace más hermosa á la mujer dice que es la invisibilidad de sus órganos genitales. La causa de la superioridad de su hermosura reside en la unidad de las líneas de su cuerpo.

••

Augusto Monnier ha publicado una notable traducción de *El Guante*, comedia en tres actos, de Bjoernstjerne Bjoernson, con las variaciones que éste ha introducido en dicha obra.

El Guante puede admitirse como una joya de la literatura escandinava. Con mucha emoción humana y vibrante impresión real, presenta Bjoernson el conflicto de la mujer que, al casarse, se ve obligada, según la tradición, á ofrecer á su marido el pasado y el porvenir; mientras que su esposo sólo le responde de la vida venidera.

Svava es la novia de Alf, quien se gloria de que sólo su brazo ha rodeado su talle y que sólo él la poseerá en lo sucesivo. Este sentimiento de fidelidad enaltece á Alf ante los ojos de Svava. Mas he aquí que ésta recibe la visita de Hoff, quien la descubre, de velado modo, que Alf fué el amante de su esposa, la cual había servido en su casa.

Mientras hace la confidencia, entra Alf, se demuda y Svava le repudia. Su familia se entera con consternación de ello y se esfuerza en disuadirla, con tanto mayor motivo cuanto que ha de venir la familia de Alf á pedir oficialmente su mano. Svava se obstina y llegan los padres de Alf mientras ella se halla en el jardín no queriendo comparecer. Logran, por fin, hacerla entrar en el salón; pero antes se ha enterado de que su padre, el Sr. Rüs, también engaña á su madre. La dicen, como excusa, que el desliz del Alf no tiene importancia, y Alf quiere también que le dé explicaciones por su desaire. Svava, por contestación, le arroja el guante contra su rostro. Azoramiento de los Rüs, que temen la difamación de los padres de Alf, quienes se hallan dispuestos á descubrir los amorfos de Rüs con Md. North. Los Rüs se enteran de que el padre de Alf es otro tal cual; y al decirlo; se achica éste, sobre todo, cuando ve á su hijo en disposición de contradecirle respecto de Svava, á quien ahora adora más que antes por su entereza moral. Esto facilita la inteligencia final de los dos amantes, que proclama el optimismo de Bjoernson.

••

Meritoria, en verdad, es la labor que han hecho Van Bever y Sansot Orland con la publicación de *Obras galantes de cuentistas italianos*. Además de dar pormenores completos sobre bibliografía, hacen con gran justicia la semblanza de cada autor que les ocupa. Son éstos: Francesco da Barberino, Franco Sacchetti, Giovanni Fiorentino, Masuccio, Antonis Cornazzano, Giovanni Bovo, Matteo Bandello, Francesco María Molza y Agnolo Firenzuola. Florecieron estos autores en los siglos XIV, XV y XVI, revistiendo grande importancia, no por su licencia, sino por la descripción de las costumbres y exposición de los sentimientos de su época. Todos son joviales, hasta los de tendencias más morales. Se chanceaban, con especialidad, de los clérigos y de las monjas. Muchos de sus cuentos han servido de asunto para dramas de autores sucesores. Así Shakespeare formó su *Mercader de Venecia* del cuento que, con la misma cabeza, escribió el gentil Giovanni

Florentino. Entre los que demostraron más arte narrador en el cuento, citaremos á Cor-nazzano, bien que no pueda equipararse al genial Bocaccio ni en lo jocoso ni en lo tendencioso.

* * *

Si no se persigue aquí gubernamentalmente á los judíos, no se les deja en paz desde la escena á cada ocasión que se ofrece. Bien podemos reirnos de una civilización que consiente la actual sociedad, cuyos directores, para conservar sus privilegios, no tienen empacho alguno en explotar, esclavizar y asesinar á los dirigidos que los combaten y hasta á los que los adulan. Cuando son poderosos, como los judíos, los hacen herir á traición.

Guenon satisface el encono antisemita de los parisienses reaccionarios con su obra *Décadence*, que se ejecuta ahora en el Vaudeville. De sarcástico modo ridiculiza á los judíos, en quienes deposita más vileza que nobleza, más grosería que urbanidad. Strohm-mann, banquero judío cuyo padre ganó su fortuna de dudoso modo, no se conforma con sus riquezas y, cual todo ser humano, ansía el complemento del amor. Mas tiene la des-gracia de enamorarse de una joven de la aristocracia, cuyo mundo tiene tanto horror á los israelitas. Es la hija del duque de Barfleur, encantadora hembra, cuya frivolidad fe-menina se adorna de áticas agudezas. Niégase á conceder su mano á Strohm-mann, tanto por prejuicio de raza, como por no gustarle. Pero el duque de Barfleur se halla empeña-do hasta la coronilla. Y viendo Strohm-mann, que no consigue la mano de la chica, idea un medio más seguro y menos noble para vencer sus escrúpulos: compra los créditos de los acreedores del duque, é intima á éste la entrega de su hija, pues le hará quebrar si rehusa.

Acepta el duque; se casa su hija con Strohm-mann, y la mansion de éste se convierte en una timba, en torno á la cual se reúnen todos los amigos aristocráticos de la joven. Estos, con sus ironías punzantes y con sus maneras insolentes, se atiborran, juegan y bailan en casa de Strohm-mann, burlándose de él y de sus padres. Su esposa toma por amante al marqués de Cherancé. Lo descubre su marido, le intima que le abandone, se niega ella y huye con su amante. Este, sin embargo, se halla también arruinado, y Strohm-mann va á recoger brutalmente á su esposa, á la que ama hasta la tortura, y le obliga á seguirle como víctima á su hogar, después de señalarle el porvenir de miseria y amargura que, de persistir en su adulterio, le aguarda á ella, que está acostumbrada á vida principesca.

La intriga de este drama no descuellan por su originalidad. Hay en él escenas nota-bles, como la presentación de Strohm-mann, en el primer acto, y el altercado que tiene, en el tercero, con su esposa. El autor, más que una semblanza humana, ha hecho una cari-catura escénica de sus personajes. Los judíos de París no son tan grotescos como los pinta. De todos los tipos de la pieza, resulta el de la hija del duque ser el más natural, pero no es un carácter tampoco extraordinario.

* * *

Lugné-Poe es acreedor al agradecimiento de los admiradores de Ibsen, pues las obras de éste se representan en París, de cuando en cuando, gracias á él. Ultimamente, en el Teatro de L'Ouvre, nos dió el *Rosmer sholm*, delicada tragedia de amor, en la que se disuelve la actividad del individuo, bajo el peso del pasado. La herencia moral corre aquí parejas con la herencia fisiológica, que es más una preocupación ibseniana que una ver-dad científica.

* * *

Mucho mérito artístico hay en *Aves de paso*, el drama en cuatro actos de Donnay y de Descaves que ha estrenado Autoine. El argumento es así: Lafargue y su esposa, encantadora ciega, se hallan de veraneo en Suiza con su hijo Juliano. Se unen á ellos el tío Guillermo y sus hijas, Gorgettes y Luisa. Esta, en contacto con su primo, se enamora de él. Tienen por vecinas á dos rusas, Vera Lewanoff y Tatiana. Se entera Lafargue de que Vera es la princesa Baklowska, ardiente revolucionaria, cuyo marido conspiró y fué condenado últimamente.

Vera encuentra un día por casualidad á Juliano, el cual le dirige la palabra, seducido. Vera le acoge con frialdad; pero luego, al ver la sinceridad de sus sentimientos, sigue la conversación. Juliano, estudiante de medicina, tiene en París compañeros que son amigos de Vera.

Se presenta Gregoriew, agitador ruso, que se halla proscrito en muchas naciones, y viene á pedir á Vera cuatro luises para completar el importe del viaje á Francia de Zakharine, amigo político, cuya libertad se halla amenazada. Vera no tiene dinero y Juliano presta ese servicio, de su propio peculio.

Así se forma un lazo de cariño entre Vera y Juliano. Vuelven á verse en París, Vera es introducida en casa de Juliano y cuida cariñosamente á la ciega. Zakharine entera á Vera, en el ínterin, de que ha muerto el príncipe Baklowski, su esposo, á quien no perteneció ella nunca, pues se hallaba sólo unida á él por interés de la causa, como ocurre á veces entre revolucionarios.

Entonces Vera se promete á Juliano. Mas viene Gregoriew y anuncia que el gobierno de Francia va á expulsarle. Esto á él no le preocupa mucho. Pero Tatiana lo toma á pecho y quiere descubrir al delator. Descubre que Zakharine, á quien han socorrido, es un espía. Para precaverse contra sospechas, Zakharine contó la muerte de Baklowski, al presentarse á los dos rusos. Baklowski no ha muerto, sino que se halla desterrado en los presidios de Siberia.

Vera sabe en seguida cuál es su deber. El amor de Juliano no existe ya para ella. Ahora Baklowsky, que hasta aquí fué un marido ficticio, será el único y verdadero. Y encarga á la ciega que consuele á Juliano. Cuando Juliano me conoció, dice, era casi novio de la linda Luisa, que le conviene mejor que yo como compañera. Volvedle á ella.

Y ella misma da á Luisa el anillo que le entregó Juliano.

En esta hermosa obra hay episodios de mucha grandeza poética. Los caracteres se salen todos de lo vulgar. Los pensamientos son generosos; los sentimientos muy humanos, con notable tejido psicológico, y la acción resulta sumamente dramática. La obra, en conjunto, produce intensa emoción.

J. Pérez Jorba.

París, Marzo 1904.